

Barcelona 3 de Julio de 1891 Núm. 25.

LA SEMANA



35. céntimos

Ayuntamiento de Madrid

REMOJO ANUAL.

Ya empiezan á pedir agua la mayor parte de los cuerpos humanos y lo mismo las armas generales que los cuerpos facultativos, ó sea los que toman baños por prescripción del médico de cabecera.

Envidiamos la suerte de esas focas cautivas, expuestas al público en una tina llena de agua; quisiéramos volvernos batracios - aunque en el resto del año no seamos ranas, ni mucho menos - y ya no nos reímos de los peces de colores, porque hallan la verdadera felicidad en la pecera ó en el pilón.

Estar como el pez en el agua, es el colmo de la satisfacción en la época presente.

Las aguas minerales, *por su parte*, parece que nos llaman desde la cuarta plana de los periódicos, desde la guía de ferrocarriles y desde el andén de las estaciones.

«Aguas bicarbonatadas» - leemos en una esquina; - «aguas cloruro-sódicas», «aguas sulfurosas», «aguas nitrogenadas»...

Y en la esquina de enfrente, como cartel de desafío, el consabido letrero municipal: «*Se prohíbe hacer aguas.*»

Hoy hay baños para todo: la tisis se cura en Panticosa y en Urberuaga de Ubilla; la ignorancia desaparece con un ligero baño... de instrucción, y los duros falsos vuelven á la vida pública con un baño de plata.

Los establecimientos balnearios hacen recordar al ungüento blanco por las múltiples y variadas virtudes de sus aguas.

En cualquiera de ellos encuentra la humanidad doliente cura radical para los dolores del epigastrio, cura instantánea para los dolores fulgurantes, cura perfecta para los dolores del reuma y cura párroco para los dolores de contricción.

Y, sin embargo, los dueños de esos establecimientos no han dado todavía con un filón que, bien explotado, había de proporcionarles ganancias pingües.

¿Por qué no aplicar las aguas minerales á las curaciones de esta ó de la otra afección moral: de los vicios sociales y de la mala inclinación del carácter?

No hay duda, señores médicos: la Hidro-psico-terapia, es el procedimiento curativo del porvenir.

La idea no es tan atrevida, porque hoy mismo se curan las enfermedades mentales por medio de duchas, se alivian las dolencias nerviosas con ciertos baños, desaparece la hipocondría viendo correr el agua... y todas estas enfermedades se encuentran en esa *sfumature* que no sabemos si une ó separa al mundo físico del mundo moral. ¡Me parece que he dicho algo!

—¿Qué es lo que padece V.?—preguntará un doctor del porvenir.

—Una *sindineritis* crónica.

—¡Caramba! ¡qué chiste tan nuevo! Pero no hay que apurarse. Si V. no tiene una peseta, creo lo más conveniente que tome baños en *Argentona*, y así se remedia V. sin salir de Cataluña, ni aun de la provincia.

La gente bonachona é inocente ¿no debe tomar baños en *Cauterets*, para ser *cauta* en lo sucesivo?

Si no es en los baños de *Jaraba* ¿dónde desaparecería todo genero de amargura?

Ahora que constituyen una especialidad las enfermedades de niños, bien podrían aparecer unas aguas de efecto especial para la niñez.

Y hasta que se descubran ¿dónde mejor que á *Alhama* deben ir los niños de teta?

Los ministros de Hacienda emplearán también ciertos baños para los contribuyentes.

A los que nada dicen aunque les suban la contribución, les llevarán á *Grávalos*.

Para los morosos é insolventes, el establecimiento más indicado es *Loeches*.

Los novios de ambos sexos deben pasar la temporada veraniega en *Cestona*. ¿Dónde mejor que allí les llevarán la cesta?

En vista de que los destierros, confinamientos y emigraciones no bastan para combatir á los anti-dinásticos, podría también emplearse la Hidroterapia para sumar adeptos á las instituciones.

Nada más á propósito para el caso que llevar á los republicanos de todos los matices á *Bourbón-Lancy*, á *Bourbón-l'Archambanet* y á *Bourbonne-les-Bains*.

Luego que los emigrados en Francia tomasen estos baños, podrían sin miedo alguno los conservadores dar una amnistía amplia y generosa.

Los baños de *El Molar* están muy indicados para los que escupen por el colmillo.

Bagnères de Bigorre para los gorriones.

Aguas Buenas para los borrachos empedernidos.

Los maridos celosos llevarán á sus mujeres á los baños de *Segura*, si no quieren pasar el verano con el alma en un hilo.

Los cortos de genio deben tomar baños en *Abierto* (Vizcaya).

Los beatos y beatas en *Santa Agueda* si no quieren salir de España; y si prefieren ir al extranjero, ahí tienen en Portugal á *San Pedro do Sul*, en Italia á *San Philippo* y en Francia á *Saint Christophe*, *Saint Thomas* y *Sainte Marie*.

Biarritz, San Sebastián, Vigo, Zarauz y otras playas de moda caerán en el descrédito dentro de poco. La gente de viso optará por ir á *Visos*, en los Altos Pirineos.

y si algo logra, tras de mil enojos,
escribir la mozueta atribulada,
lo borra con el llanto de sus ojos.

Escrita de tal suerte, ¿que letrado
descifrará su carta malhadada?

¿Habrá quien la comprenda? Sí: el soldado;
que todo el que bien ama entiende luego
aquellos que le escribe el sér amado,
aunque lo escriba en alemán ó en griego,
por tener el amor, cuando es profundo,
más comprensión y más sabiduría
que todos los polígrafos del mundo.

V.

— «Perico de mi alma —
escribe en letras gordas Alegría
cuando ya empieza á recobrar la calma: —
Perdona que á tus frases de contento
con otras te responda
de profundo y amargo sentimiento.
Es ¡ay! mi desventura
tan sin remedio, tan inmensa y honda,
que temo que me lleve á la locura.
Sábelo de una vez: ¡estoy perdida!
perdida, no lo dudes; me lo dice
el sér que toma en mis entrañas vida.» —

Y al escribir tal frase, la infelice
rompe de llanto en abundosa lluvia,
sin sentido en la silla se desploma,
y hunde en el seno su cabeza rubia
como el pico en el buche la paloma.

Y prosigue: «No habrá quien me convenza
de que existe tormento tan profundo
como este mío, ni mayor vergüenza.
Para toda desdicha hay un consuelo;
para la mía ni lo tiene el mundo,
ni tampoco quizás lo tenga el cielo.
¿A quién iré que no me lo rehuse?
¿A quién que, con el rostro avinagrado,
en vez de remediarme no me acuse?
¿Contaré al señor cura mi pecado,
si no hay vez que me vea
que no me diga: —Adios, gala y dechado
de las mozas honradas de la aldea? —
¿Acaso á la Marquesa, mi madrina,
que creyéndome santa, como el cura,
también con sus elogios me asesina?
¿Y no fuera locura
abrir los ojos á mi pobre abuelo,
para quien soy tan pura
como las castas vírgenes del cielo?

¡Ay! ¿Por qué se murió la madre mía?
Ella, más que yo misma atribulada,
mi infortunio conmigo llorarla,
y leyéndolo todo en mi mirada,

la triste confesión me evitarla
de la culpa en que vivo avergonzada.

Una culpa secreta ¡qué agonía!
al corazón cual sierpe se me enroscó;
todo me hace temblar, todo me asusta,
hasta el leve zumbido de una mosca.

Una palabra de mi abuelo adusta
hace que de mis fuerzas desconfíe
y me roba la calma.

y si alegre me besa y me sonríe,
de sentimiento se me parte el alma.

Si alguien se fija en mí con insistencia,
— ¡Ese lo ha conocido! —

angustiada me grita la conciencia;
y cuando se hablan ante mí al oído,
la horrible idea el corazón me inspira
de que se dicen lo que callo tanto,
y estoy por exclamar: — ¡Eso es mentira! —
que no encuentra la culpa en su quebranto,
adonde quiera que los ojos gira,
sino fantasmas que le dan espanto.

A veces llega á tal mi desvarío,
que temo que tu amor faltarme pueda...

¿Como si fuese el cielo tan impío
que pudiera quitarme, Pedro mío,
el único consuelo que me queda!

Otras mil, arrebatome de suerte
que, con fervor sincero,
de rodillas á Dios pido la muerte;
mas no hagas caso, no, de lo que digo;
mientras me quieras tú, morir no quiero
porque no muera tu querer conmigo.

¡Ya ves cuán poco tiempo es necesario
para que el bien se trueque en desventura!
Ayer me viste triunfadora y pura;
hoy, vencida, marchando á mi calvario
por la calle fatal de la amargura.

¿Qué de mí, si la Virgen no me ampara?
La Virgen... ¡Ay! Desde que estoy perdida,
no me atrevo á mirarla cara á cara.

Pedro, será un delirio,
mas hálleme del todo decidida,
antes que sucumbir á este martirio,
á buscar á tu madre, que es tan buena,
y en el nombre del cielo y en el tuyo
pedirle protección para mi pena;
y si, rehuyendo mis amantes lazos,
se negase á piedad el pecho suyo,
á correr á morirme entre tus brazos.

No puedo más; adios, perdón te pido
otra vez por mis frses de agonía;
si alguna te ofendió, dala al olvido,
que no quisiera, ni aun en este día
en que hasta el sol encuentra obscurecido,
darte pesar ninguno tu — *Alegria.*

JOSÉ VELARDE

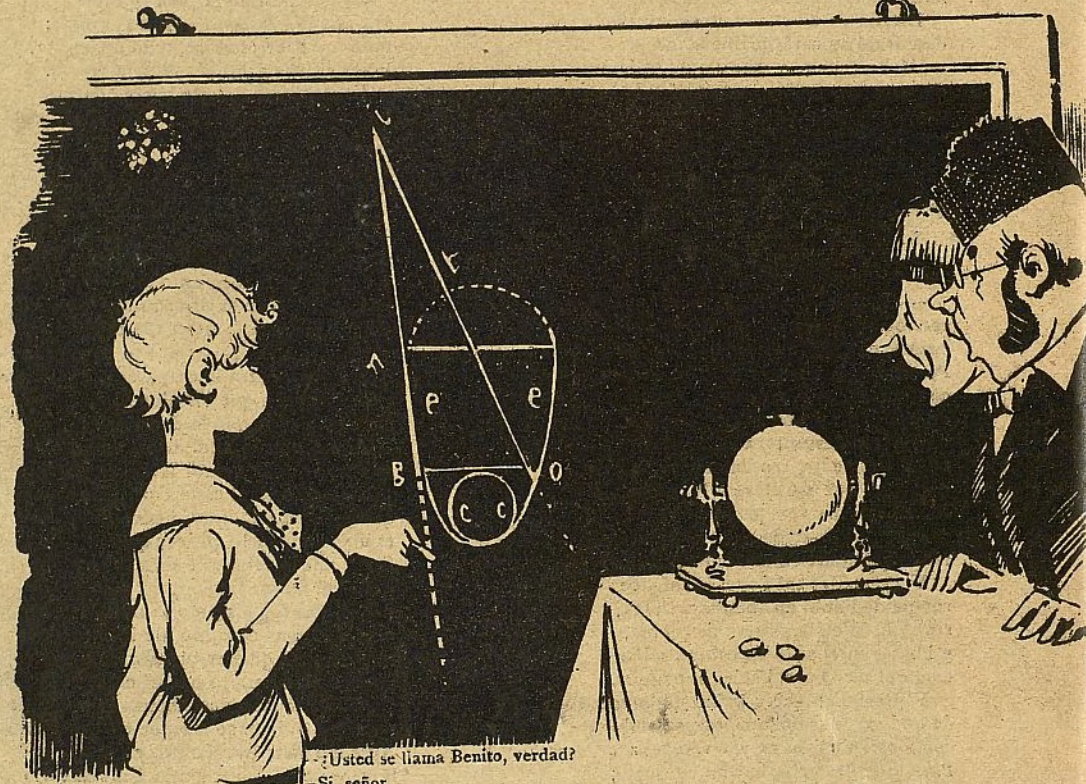
IDEALISMO

¿Porque hablé de las nubes y la au-
en cierta poesía [rora
piensa usted que en mi pecho se ate-
un germen ideal de fantasía? [sora
¡Carape! ¡No, señora!
¡Yo no me he vuelto loco todavía!

Si piensa usted que yo me he figurado
que en esta bola que se llama mundo
es todo puro y dulce y delicado;
que aquí suspira el piélagos profundo;
que se besan las flores
de las púdicas hojas al abrigo

y ríen los parleros ruisenflores...
está usted en el error de los errores
(y dispénseme usted si se lo digo.)
No crea usted en las arpas ni en las
[liras,
ni en los gayos laudes de los vates,

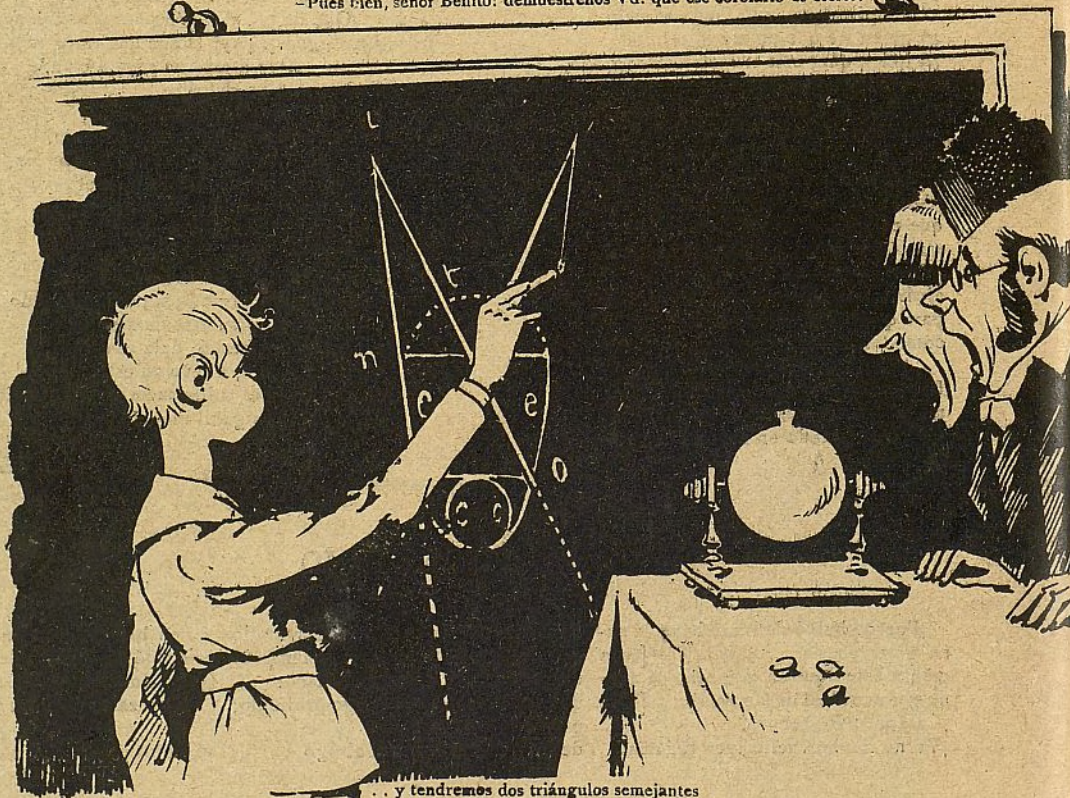
LA SEMÓICA
DEMOSTRON, POR MECACHIS:
(EXÁMENES DEL BENITO Y GARCÍA)



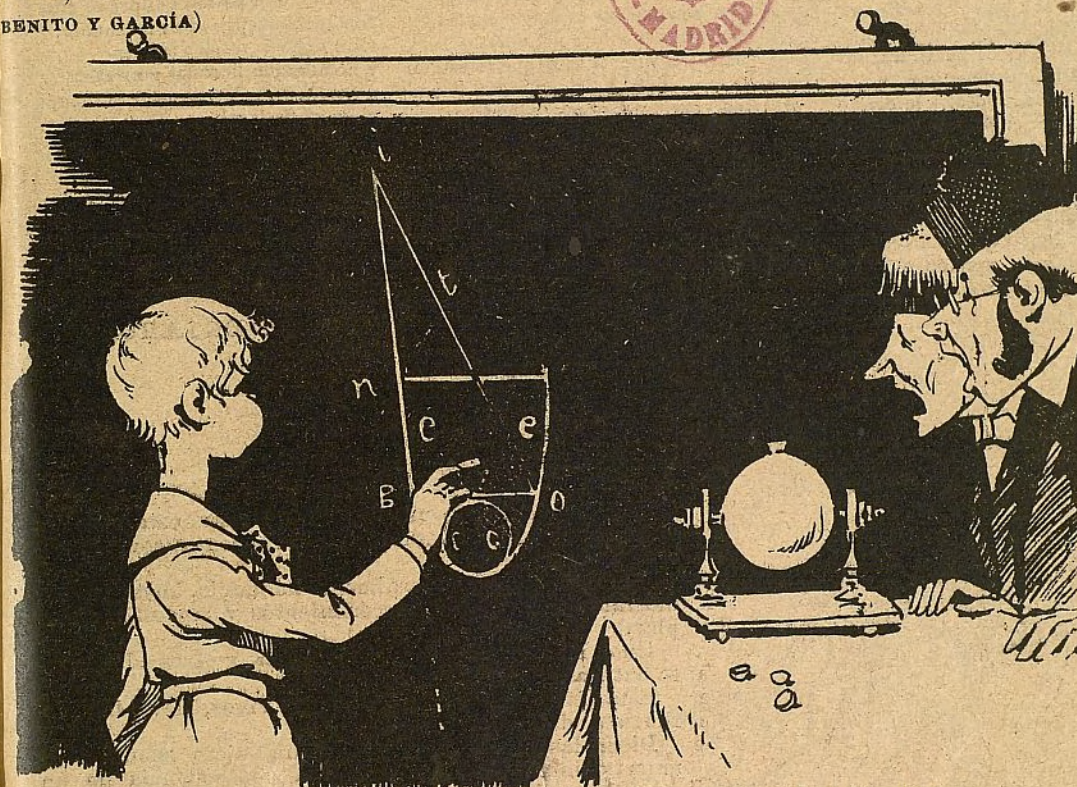
- ¿Usted se llama Benito, verdad?

- Sí, señor.

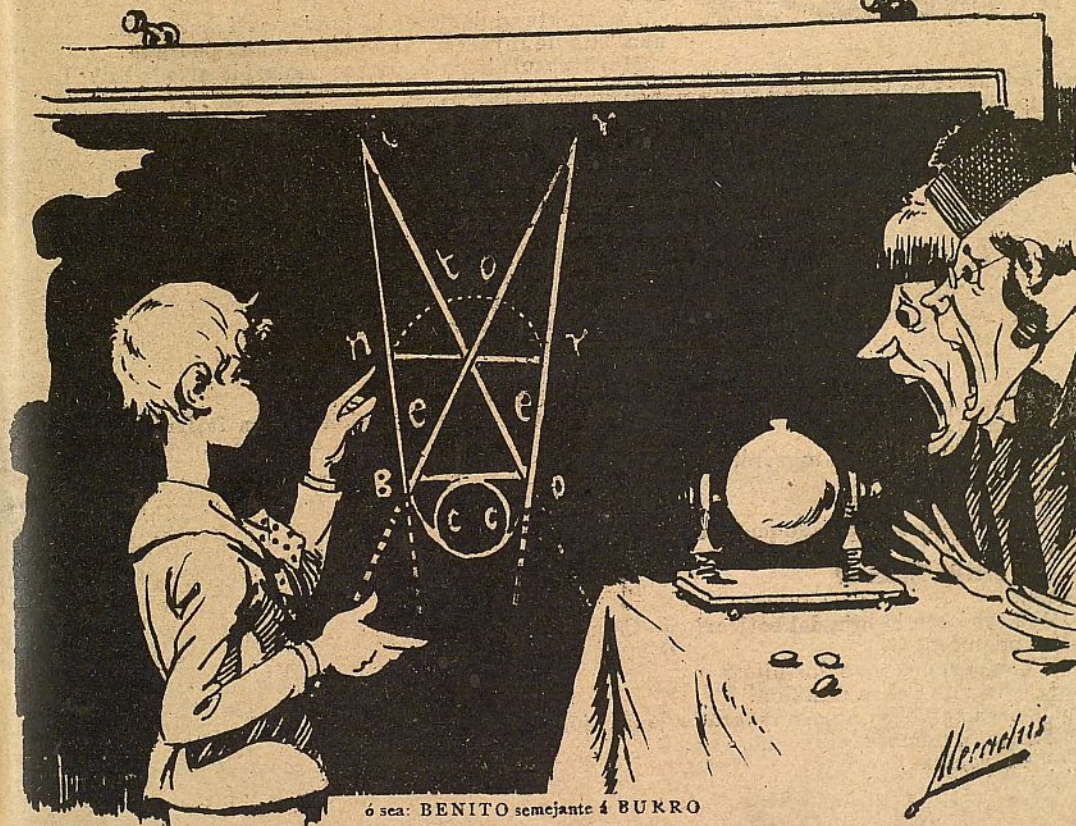
- Pues bien, señor Benito: demuéstrenos Vd. que ese corolario es cierto.



... y tendremos dos triángulos semejantes



- Trácese en el punto O , un ángulo igual al ángulo B , y en el punto B un ángulo igual al ángulo O .



ó sea: BENITO semejante á BUKRO

Mecachis

porque eso son mentiras
 si no son espantosos disparates.
 Lo que ocurre es que alguno
 que se pasa de punto filipino
 y es un solemne tuno,
 habla de lo ideal y lo divino
 si quiere engatusar á una doncella
 y la llama Danaide y nebulosa
 y perfumada rosa
 y perla de Ceilan y blanca estrella
 y habla del pez y el transparente cielo...
 para lograr estar solo con ella
 y darle un apretón que encienda el
 Ustedes son sencillas [pelo]

y se suelen creer sin gran trabajo
 que son ustedes tiernas avecillas
 ó hermosas ninfas del dorado Tajo,
 mientras que el vate que lo está di-
 [ciendo]
 en graves y sonoras redondillas,
 inclinada la faz, es á queriendo
 ver si puede atisbar las pantorrillas.
 Porque esto es ¡oh dolor! lo positi-
 lo demás es *¡pamena!* [vo]
 Yo de mí sé decir que cuando escribo,
 aunque sean estanzas de poema,
 á las musas desprecio con desvío
 (pues nunca me han picado)

y al cantar la pasión del pecho mío
 con tono campanudo y levantado,
 todo lleno de velos ideales
 y nombrando florestas y zarzales,
 no contemplo los rayos de la luna,
 ni evoco la laguna
 de transparentes linfas espumosas,
 ni las selvas umbrosas
 ni del hado fatal á los reveses...
 ¿Sabe usted, buena amiga,
 lo que es mi inspiración? ¡Pues... una
 [liga]
 que tengo en mi cajón hace tres meses!

JOSÉ M.^a DE LA TORRE.

LA MORTALIDAD



Habrán observado ustedes varias veces esta sencilla vulgaridad: nada asombra tanto á las gentes como la noticia de la muerte.

Somos mortales, generalmente hablando, hasta los inmortales por nuestros merecimientos y modestia ejemplar.

Unos mueren «de muerte violenta», y otros «de muerte natural.»

Esta división, establecida por los vivos, lleva la diferencia social hasta la tumba.

Dicen los muchedumbres que un sujeto sucumbe de muerte natural cuando expira á consecuencia de un aneurisma ó de una hipertrofia ó de un derrame seroso.

La muerte violenta es la que le ocasionan al individuo una bala de revólver, un volapié ó una pedrada.

Morir naturalmente, parece una arbitrariedad del Destino; la muerte es violenta en cualquier momento que llegue.

Estas diferencias en la mortalidad, recuerdan la explicación que aquel personaje de comedia establecía entre muerto, difunto y cadáver.

Decía así:

«Cadáver es el que muere
 de su muerte natural;
 difunto el que se suicida
 conforme á su voluntad,
 y muerto es el que sucumbe
 de una manera vulgar.
 Suele llamarse esqueleto
 al muerto mayor de edad,
 y momio, al tío que muere,
 cuando deja un capital.»

Siendo accidente tan natural la muerte, nunca se recibe la noticia de un fallecimiento sin manifestar asombro.

—¿Sabe usted quién ha muerto?

—¿Quién?

—Don Fulano de Tal.

—¿Aquel que fué empleado en Hacienda?

—Sí.

—¿Que era de Lucena?

—Cabal.

—¿Que casó con la hija del boticario de Cabra?

—Ese mismo.

—¿Y que después tuvo dos hijos?

—Sí, señor: de Cabra también.

—¿Que era calvo y un poco reparado de un ojo?

—El mismo, hombre, el mismo.

—¡Qué atrocidad!

LA POMPA DE JABÓN, POR LAGO.



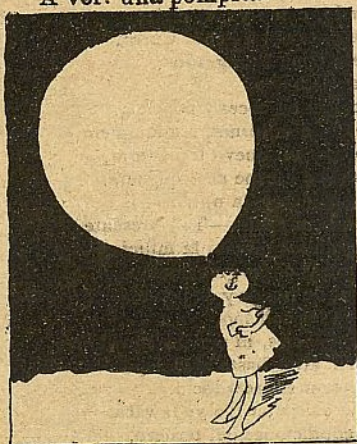
A ver: una pompita.



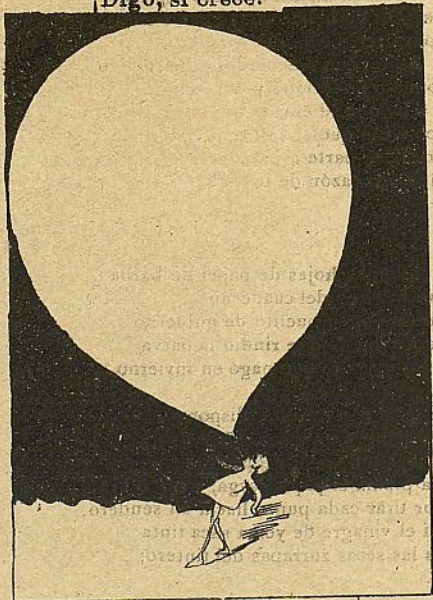
Así.



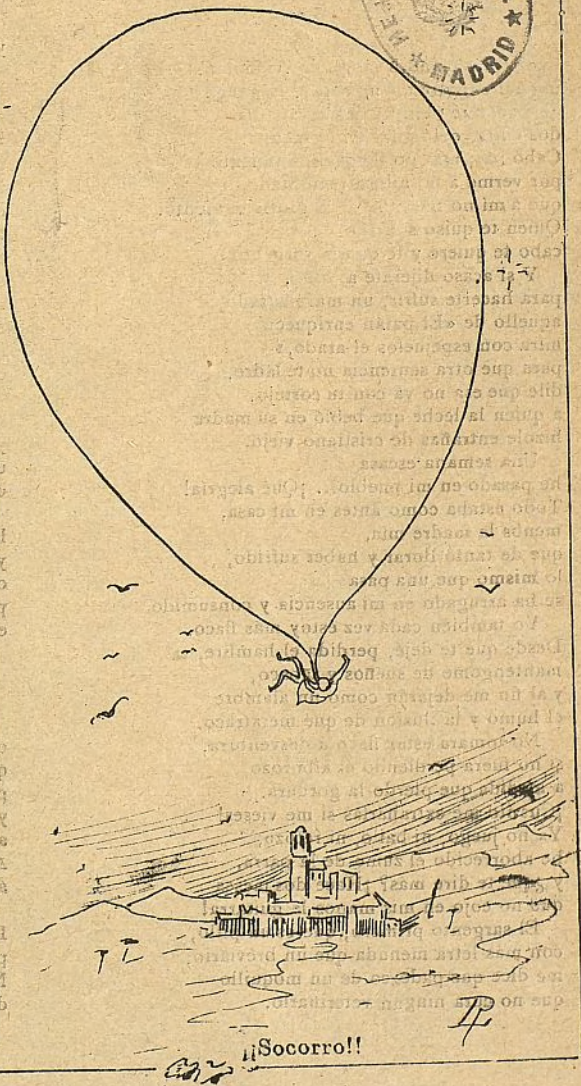
¡Cómo crece!



¡Digo, si crece!



¡Anda, anda!



¡Socorro!!



LA FUGA.

(FRAGMENTO DE UN POEMA.)

II.

Bajo el moral frondoso del cercado,
Alegria sesteaba
en medio de las aves y el ganado.
Del pecho, que envidiara Galatea,
saca un papel de garrapatos lleno,
con febril ansiedad lo deletrea,
suspira, llora, se lo vuelve al seno,
torna á sacarlo, en lágrimas lo moja,
de descifrarlo vuelve á la tarea,
y con ella de nuevo á su congoja.

Poco hace que la carta ha recibido;
mas son tantas las veces
que la ha abierto, plegado y escondido,
que se empieza á romper por los dobleces,
y aunque ella la leía
entre llantos, suspiros y lamentos,
la carta solamente contenía
estos simples y alegres pensamientos.

III.

«Sabrás como he logrado, vida mía,
por mi conducta y mi saber, la ganga
de poderme plantar desde este día
dos cintas coloradas en la manga.
Cabo soy; mas no tengas sentimiento
por verme á tal altura remontado,
que á mí no me infla de la gloria el viento.
Quien te quiso soldado,
cabo te quiere y te querrá sargento.

Y si acaso dijérate al oído,
para hacerte sufrir, un mal pensado,
aquello de «El patán enriquecido
mira con espejuelos el arado,»
para que otra sentencia no te ladre,
dile que esa no va con tu cortejo,
á quien la leche que bebió en su madre
hízole entrañas de cristiano viejo.

Una semana escasa
he pasado en mi pueblo... ¡Qué alegría!
Todo estaba como antes en mi casa,
menos la madre mía,
que de tanto llorar y haber sufrido,
lo mismo que una pasa
se ha arrugado en mi ausencia y consumido.

Yo también cada vez estoy más flaco.
Desde que te dejé, perdida el hambre,
manténgome de sueños y tabaco,
y al fin me dejarán como un alambre
el humo y la ilusión de que me atraco.

No tomara estar flaco á desventura,
si no fuera perdiendo el alborozo
á medida que pierdo la gordura.
¡Cuánto me extrañarías si me vieses!
Ya no juego, ni bailo, ni retozo,
he aborrecido el zumo de la parra,
y ¿qué te diré más? ¡Hace dos meses
que no cojo en mis manos la guitarra!

El sargento primero, que es un pillo,
con más letra menuda que un breviario,
me dice que padezco de un moquillo
que no cura ningún veterinario.

—Enfermedad—añádeme el sargento—
que no tiene más cura que la muerte,
ú otra cosa peor, el casamiento.

¡Quién pudiera curarse de esta suerte!
Contigo y con dinero yo me vea,
(ó contigo no más, que tú me bastas),
aunque toda la gente diga y crea
que dinero y mujer son las dos astas
con que el diablo á los hombres nos cornea.

En lo que harás, pensando me consumo.
Recógete en tu casa, que no quiero
mujer que, como el humo,
ande siempre buscando el salidero.
Del barberillo y de su gente loca,
que tienen la malicia por sistema,
huye, por Dios, cosiéndote la boca;
húyeles, que el tizón, cuando no quema,
ensucia con su tizne lo que toca.
Quiere mucho á tu abuelo,
quien, como siempre, seguirá, discurro,
en tí mirando, como yo, su cielo;
dale expresiones mil á Señor Curro,
y de Manolo teme los agrados,
que caricias de burro
siempre acaban en cóces y bocados.

No dejes de escribirme, sandunguera,
aunque yo, por mi nuevo ministerio,
no te conteste á escape cual quisiera.
Mi capitán, al darme la noticia
de mi ascenso, me dijo:—Ten presente
que es un gran sacerdocio la milicia;—
añadiendo otras cosas gravemente
de conducta, de honor y de justicia.
Así es que ni me achispo,
ni armo pendencias, ni me entrego al ocio,
para dejarme atrás hasta al Obispo
en eso de llevar el sacerdocio.

Dime, de haber parido ya la vaca,
la pinta y condiciones del ternero,
y si está tu madrina, como espero,
después de haber tomado la triaca,
convaleciente ya del avispero.

Adios; que me perdones te suplico
lo malo de la letra y del dictado,
y sabe que se encuentra, cuerpo rico,
como ese que en la firma va pintado,
por tí de parte á parte atravesado
el leal corazón de tu —Perico.»

IV.

En unas hojas de papel de barba
que arrancó del cuaderno
que sirve al abuelito de gobierno
para saber lo que rindió la parva
y los jornales que pagó en invierno,
aquella misma siesta
Alegria con ansia se dispone
á escribir á su amante la respuesta.

Mas todo á su propósito se opone.
La pluma el papel rasga, y no lo pinta
por tirar cada punto hacia un sendero.
Ni el vinagre de yema saca tinta
de las secas zurrapas del tintero;

—¿Por qué ha de ser atrocidad? ¿Acaso no era mortífero ó mortal, como todos los hombres de Cabra ó de cualquier otro punto?

—¡Pero, Señor, si yo estuve tomando café con él hace... seis meses, próximamente!

—Ha tenido tiempo de dar á luz y de morir después.

—Yo le pedí anoche un tabaco—observa un tercer caballero.

—¿Y no se le daría á usted?

—Sí, y habano.

—Pues ahí tiene usted una prueba de que ya se sentía amenazado de muerte; es el primer cigarro que ha regalado en su vida.

—¡Un hombre joven!

—Ochenta y siete años.

—¡Y morir!

—En la lactancia, ya ve usted.

—¡Ah! ¿Conocían ustedes á Zutano? ¿Aquel chico que fué á la Habana hace tres meses?

—Sí.

—También ha muerto del vómito.

—¡Imposible!

—¿Cómo que imposible?

—Si fui yo á despedirle á la estación del Mediodía, y estaba tan bueno y tan colorado!..

—Y que no era provocativo; al contrario, un chico muy prudente y...

Pasemos por alto los casos.

Los vivos se asombran de la mortalidad, impulsados por el espíritu de conservación.

Cuando el muerto es un anciano, dicen á coro:

—¡Morir un hombre tan respetable, que ha sido magistrado, ó doctor en medicina, ó brigadier de cuartel!

Cuando sucumbe un joven, murmuran los supervivientes:

—¡Un muchacho que pudiera haber llegado á ministro residente ó sin residencia fija, ó á mariscal de campo ó urbano!

Si el cadáver es de mujer:

—¡Qué lástima! ¡Tan hermosa, tan honesta, y estando en relaciones con un hombre tan rico, de esos que se casan, morir! ¡Pobrecilla!

Si se trata de una anciana:

—¡Abuela consecuente, venerable señora que «hacía los honores de la casa» como nadie, es decir, como su esposo!

Ciertas manifestaciones públicas, más que homenajes de cariño, de amistad ó de respeto, parecen burlas de la muerte y escarnio de los difuntos.

Dicen los gitanos para maldecir á cualquiera:

—¡Premita er Señó que ayegue pronto la hora de tus alabanzas!

La hora de las alabanzas es la muerte.

Inter vivos, nadie se acuerda de las virtudes, méritos y talentos de varios hombres.

Cuando mueren, salen á flote todas las recomendables condiciones de los difuntos.

La comitiva que acompaña al cadáver hasta el cementerio, suele dedicarle estas oraciones fúnebres, en el seno de la confianza ó de la amistad oficial:

—La verdad es que, considerado como artista, no había hecho cosa notable.

—Sí: el retrato de su suegra, que parece el de Diego Corrientes con papalina.

—Como amigo, era frío.

—Ha pasado el último invierno sin capa.

—Deja una niña.

—¿A quién?

—A la Inclusa.

—Como político fué un farsante.

—Le conocí sucesivamente en todas las fracciones políticas.

—Yo conservo un autógrafo suyo: un pagaré.

Después, en público, empiezan las alabanzas gratuitas.

Si algunos muertos, cuya pérdida lloramos unos cuantos vivos, pudieran volver á la vida social, de seguro dirían al oír ciertas lisonjas:

—Ese caballero que inicia una suscripción para regalarme una corona, me negó cinco duros para llevar pan á mis hijos; aquél era un amigo que me cobraba el sesenta por ciento de sus favores pecuniarios; aquella precipitó mi muerte. Adios todos, queridos camaradas: hasta la vista.

Más oraciones y menos duelos de espectáculo.

Ya no puede un hombre ni morir para que le dejen en paz.

Si el difunto era hombre público y no deja bienes de fortuna á su familia, empiezan las suscripciones entre los amigos, correligionarios, paisanos, tocayos, círculos y reuniones.

Y aparecen en las listas que ven la luz en los periódicos, indefectiblemente:

«N. N. N., 125 pesetas.»

(Uno que la víspera de caer enfermo el desgraciado le negó dos duros.)

«X. X., 100 pesetas.»

(Debía 500 al muerto.)



Las tisis laríngeas y demás afecciones de la garganta se curarán en *Paracuellos*.
 Los baldados ó paraplégicos se levantarán en *Vilo* (provincia de Málaga.)
 Para los faltones ¿qué mejor tratamiento que los baños de *Sobrón*?
 O que se vayan á *Escardó* en vez de irse á escardar cebollinos.
 La criminalidad podría descender en España si el Estado llevase á los penados, no á Ceuta, ni á Melilla, ni á Chafarinas, sino á los baños de *Escoriaza*, en donde quizás se regenerase la escoria de nuestra sociedad.

Los baños de *Fumades* están muy indicados para los fumadores.

Los de *Molina* (Aragón) para los lagartijistas.

Y los que no gustan de ir en ferrocarril pueden ir á *Carballo* (Coruña).

Los hijos de familia que por amor á la novia ó cosa así se resisten á ir á baños, deben ser llevados por sus papás á las varias caldas que existen en España, por aquello de que «al que no quiere caldo... Caldas de Besaya, Caldas de Estruch y Caldas de Montbuy.»

Y, finalmente, los baños más económicos y baratos no son, como hasta ahora se creía, los que se toman en el cuenco ó en la vacía de fregar.

Sino los de *Valdeganga*, en la provincia de Cuenca.

Luis ROYO VILLANOVA.

¡PERDONA POR DIOS!

A UNA SEÑORA CAPRICHOSA

¿Me pides, Margarita,
 que te haga en serio
 unas coplas que traten
 del adulterio,
 sin pensar que ese es tema
 para otros vates
 y que yo te hartaría
 de disparates?
 Pues al honor renuncio
 de complacerte,
 lamentando de paso
 mi mala suerte;
 que pedirme á mí versos
 que encierren algo,
 sabiendo como sabes
 lo que yo valgo,
 es pedirle, hija mía,
 peras al olmo,
 es pedir malagueñas
 en Stokolmo;
 es pedir que las cartas
 jamás se pierdan

y que los escritores
 nunca se muerdan,
 Yo, que iba á hacer un ciento
 de redondillas
 ensalzando las pecas
 de tus mejillas;
 yo, que iba á dedicarte,
 no sin trabajo,
 un soneto á las cintas
 de tu refajo,
 ¿voy á seguir los pasos
 en mi faena
 del *Campoamor*, el *Hugo*
 y el *Ansorena*?
 ¿No esperes de mi pluma
 filosofías,
 ni esperes que te vaya
 con *fantasías*!
 ¿A qué viene el pedirme
 versos formales
 y hasta con pensamientos
 trascendentales,

cuando tiene de serio
 la musa mía
 lo que tuvo mi abuelo
 de ama de cría?
 Dados tus pocos años,
 es asombroso
 que lo serio prefieras
 á lo jocoso.
 ¿Quieres versos de miga?
 ¡Cómo has cambiado!
 Pero no me la pegas:
 ya te he calado.
 Sé que se ha hecho tu madre
 tan *agarrada*,
 que te tiene en ayunas
 la condenada.
 ¡Y eso es, sin duda alguna,
 lo que hoy te obliga
 á pedirme unos versos
 que tengan *miga*!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

PRECAUCIONES

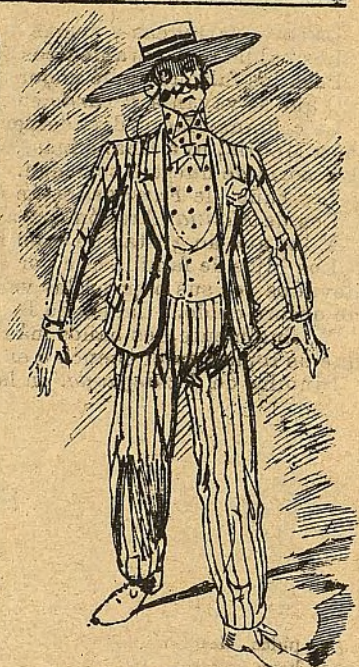
I.

«¡Rejas y celosías
 para el que siente una pasión tan fuerte
 que, por no haberte visto en cuatro días,
 se le antoja simpática la muerte!...
 ¡Celosías y rejas
 al que en tan breve tiempo dió más quejas
 que pudo dar en su prisión Macías!...
 Tu madre es de esas viejas
 que acaban, por los años, en arpias,
 y después de llegar á los extremos
 en cuestiones de amor desenfrenado,
 impiden que los jóvenes lleguemos
 á soñar, nada más, lo que han pecado.
 Ya cree la victoria conseguida

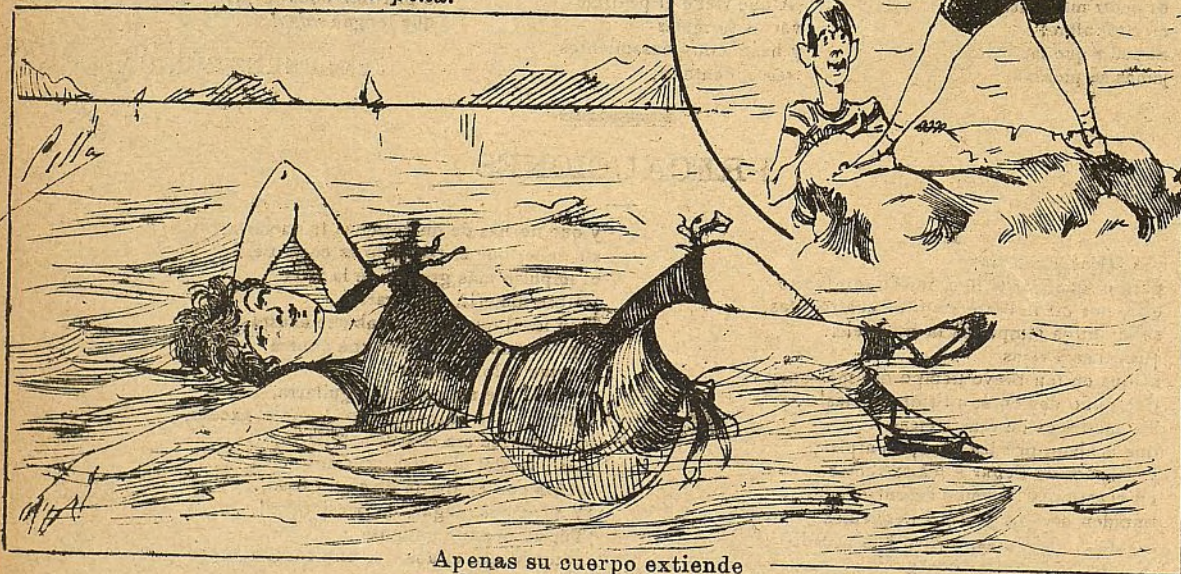
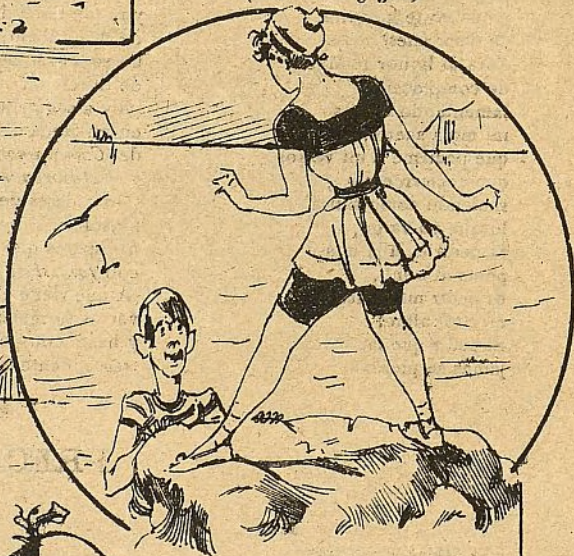
y que no has de quererme si te encierra,
 sin saber que el recuerdo es en la tierra
 el impulso más grande de la vida.
 ¡Pobre mujer!... Se agarra
 á un ideal que al derrumbarse asusta,
 y yo sé que eres tú casi una charra
 á quien sólo le gusta
 el canto que acompaña la guitarra.
 Que, aunque adoras á Dios hasta el exceso,
 te estremece ese claustro solitario,
 y al huir del olor del incensario
 sueñas con el aroma de algún beso...
 ¡Y tú, en ese lugar, de pensionista!...
 ¡Tú, en oración gangosa,
 sabiendo que el amor es una cosa



Si la ocasión él desdén
y no cae en tentación...
ó no tiene corazón
ó será de bronce ó peña.



Las bañistas caprichosas;
las costumbres licenciosas;
yo, gallardo y calavera...
(Zorrilla y yo.)

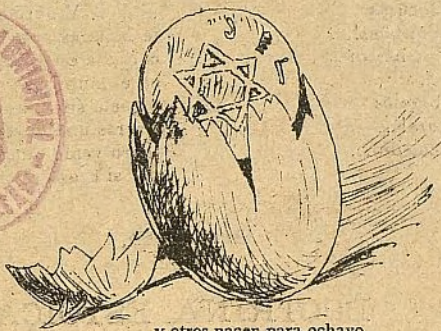


Apenas su cuerpo extiende
en el mar, ya empieza á estar
agitado é inquieto el mar.
Si: se agita... y se comprende.

HISTORIA DE UN DURO, POR FIGUER.
(Año 1894.)



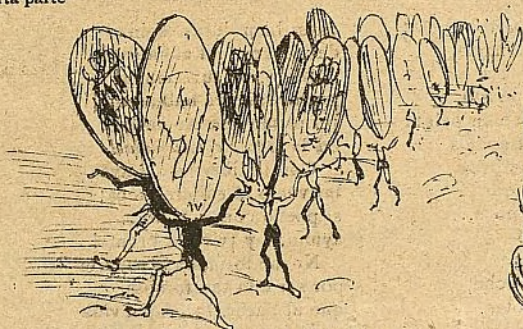
Así como unos nacen con la flor... en cierta parte



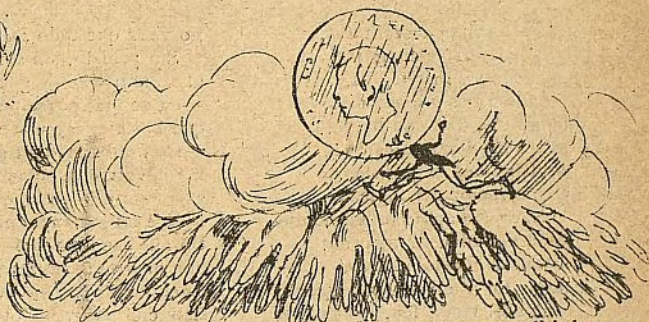
y otros nacen para ochavo



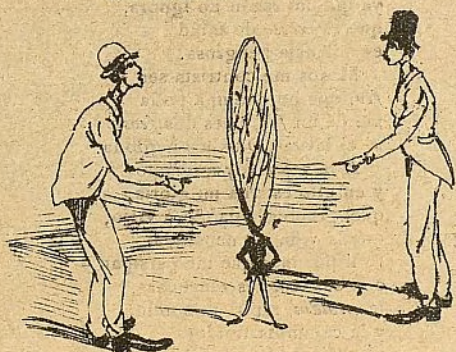
yo nací para duro y—¡lo que es la casualidad!—mi cara era la misma que la del Rey niño.



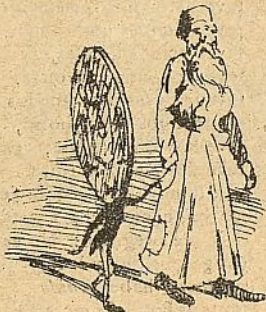
Salí de la Casa-Moneda en unión de otros compañeros



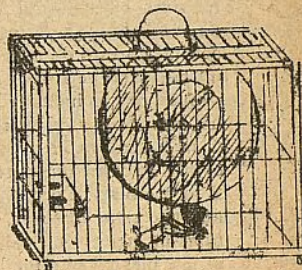
y después de rodar por muchas manos (que, por cierto, me solicitaban siempre con ánsia)



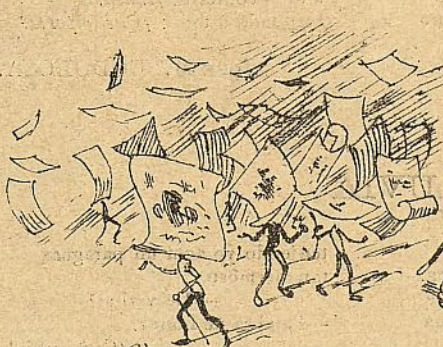
y de presenciar más de un altercado acerca de mi mayor ó menor legitimidad,



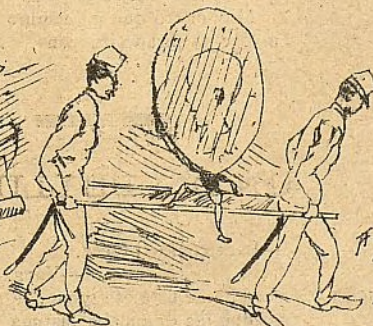
vine á dar por mi desgracia en manos de un avaro; el cual, llevándome á su casa



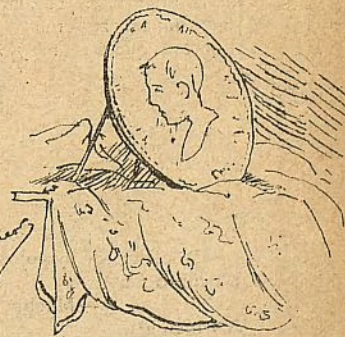
púsome á buen recaudo, encerrándome inhumanamente y privándome de la circulación.



Pero hizo en esto el Banco la nueva emisión de billetes



y á los dos años ¡naturalmente! fui llevado como un objeto raro á una Exposición de antigüedades



donde se me admira como un recuerdo vago de lo que antiguamente fué moneda española.

que de toda mujer hace una artista,
y amando una mujer, siempre está hermosa!...
¡Tú entre madres severas y entre curas,
cuyos toscos sayales
son mortajas tal vez de unas locuras
que han tenido unos tonos celestiales!...
¡Tú estrellando tu frente en los barrotes
de esa reja infernal que nos separa,
recordando, quizás, que mis bigotes
han sido perfumados por tu cara!...
Para este triste afán urge el remedio...
¿Qué puedo hacer por verte?

Dímelo pronto ¡por piedad! que el tedio
me lleva de la mano hacia la muerte.»

II.

« . . . Y abriendo aquella puerta,
te hallarás al momento
con una estrecha galería, abierta
en el muro más recio del convento.
Síguela sin temor; como es oscura,
traerás una linterna... y, no es alarma,
¡pero vente también con algún arma...
por si acaso te encuentras algún cura!...»

LUIS DE ANSORENA.

DOCTRINA ESTÓICA

Para evitar desventuras,
y contrarrestar congojas,
engaños y sufrimientos,
pesadumbres y discordias,
tengo mi doctrina breve,
tengo mi doctrina estóica,
doctrina que me consuela
por lo racional y lógica.

Nada me apura en el mundo,
nada me aflige y trastorna;
á todo contesto: ¡Amén!
respondo á todo: ¿Qué importa?

Pobre, viejo, feo, enclenque,
perseguido á todas horas,
criticado á todo trapo,
sin árbol que me dé sombra,
me río como un bendito
de la suerte, que no logra
con tal apresto de males
intimidar mi persona,

pues, que, echando yo mis cálculos,
hallo en su misma *ponzoña*
la *triaca* saludable
contra el dolor que me acosa.
Y discurro así: Porque
no visto telas costosas,
ni es mi tugurio un palacio,
ni mis pies pisan alfombras,
ni me asedian servidores,
ni bebo en dorada copa,
ni duermo en mullido lecho,
ni me adulan, ni me glosan,
¿he de apurarme? ¡Caramba!
¡fuera mi cabeza tonta
si en esto que á mí me falta

no viera que todo *sobra!*

Sin pedirlo, sin soñarlo,
al mundo vine de gorra,
—en pelota, por supuesto,
que hasta el rey viene en pelota —

Con unos malos trapajos
me envolvió la comadrona,
y por ser ello en Enero
no fué mi ganancia poca...
Un año me alimentó
una madrileña moza,
cinco meses con su leche,
siete con pan y bellotas.

Tuve padres pesarosos,
tuve tías regañonas,
tuve hermanos inclementes,
tuve dómines que azotan,
tuve vecinos fiscales,
tuve exigentes patronas,
tuve ing. eses despiadados
y enemigos de mi bolsa,
tuve la viruela negra,
tuve dos costillas rotas,
la alfombrilla, el sarampión,
morbo, coqueluche y gota.

Y me pregunto: ¿No es ganga,
ganga positiva y loca,
sin *tener*, haber *tenido*
tanta infinidad de cosas?

¿No hubiera sido peor
que, fruto de la deshonra,
naciera de un alma infame
que me arrojara en la fosa?

Muy cierto que mi camino
no fué sembrado de rosas,

antes bien duras espinas
destrozaron mi alma toda.

¡Pero, no tuve mujer!
¡ni tuve suegra habladora!
¡ni primo que me pusiera
en la frente *cornucopias!*

Con la libertad del ave
mi vuelo al empleo toca;
si puedo como; si no...
ayuno... y ¡viva la broma!

No me intimida la muerte
por ser ella tan forzosa,
que al nacer, la propia vida
anda con la muerte propia.

Las dolencias no me asustan,
ya que mi razón no ignora,
que el *exceso* de salud
es dolencia peligrosa.

Menos me contrista ser
feo, que no que una polla
me dé un *feo*, pues dos *feos*
ni el mismo Dios los perdona.

A la vejez voy andando
y en ello estriba mi gloria,
que pruebo llegando á viejo,
que la vida me acomoda.

Y por más que me persigan
con sus lenguas venenosas,
la *envidia*, reptil inmundo,
y la calumnia traidora,
me río como un bendito,
pues con mi *doctrina estóica*
á todo contesto: ¡Amén!

respondo á todo: ¿Qué importa?

JOSÉ M.^a CODOLOSA.

UN DIA DE LLUVIA

—Monísima de mis ojos.

¿La cubro á usted?

—Muchas gracias.

Voy bien así.

—No lo creo.

—Pues como si fuera.

—Vaya,
permítame usted ese gusto,
porque me dá mucha lástima
que se vaya usted mojando

teniendo yo aquí un paraguas
tan hermoso.

—¿De veritas?

—Palabra de honor.

—¡Qué gracia!

Es usted muy tuno.

—Puede.

—Sí, señor.

—Y usted muy guapa.

—Ya lo sé, y además tengo dos manitas muy jitanas, que cumplen con su deber cuando alguno se desmanda.

—Pues estoy por desmandarme por lo mismo.

—¡Me hace gracia!

Hombre, dese usted un paseo, que le hace bastante falta, y no se arrime usted tanto ni me ponga usted el paraguas, que tengo yo quien me cubra siempre que me dé la gana.

—Eso es hablar claramente.

—Como que me llamo Clara.

—¡Claro! ¿Y quién es él?

—Un chulo

con remuchísima labia, que se canta con estilo y hace hablar a la guitarra,

y además tiene un aquél...

—Hija, buen provecho le haga.

—Eso.

—Bien, ¿y qué más hace?

—Poco: soltarle dos *guarras*

al primer tipo que no

le mire como Dios manda.

—Será una fiera lo menos.

—No, señor, es una malva;

pero cuando se enfurruña

yo entiendo como las gasta.

En fin, si quiere usted verlo

pásese usted por la Fábrica

de tabacos cualquier día,

y pregunte por *El Rasca*,

que él le dará de mi parte

algo que no se le caiga.

—Entonces, voy a ir a verlo

mañana por la mañana.

—¡Quíá!

—Lo mismo que la luz.

—Si que lo dudo...

—Palabra.

Y voy a mirarle mal

para que me dé las *guarras* que acostumbra.

—¿Sí? Pues hombre

no es preciso que usted vaya, que allí está junto a la esquina, esperando que yo salga del taller para irnos juntos al *restaurant*.

—¡Caramba!

¿Es el de la estaca?

—Justo.

Sí, señor: el de la estaca.

—Pues entonces me retiro sin verle, porque me carga tener broncas en la calle con gente de mala traza.

—Claro está: como es usted de la *higue lif*, se rebaja, pongo por caso, y...

—Lo dicho:

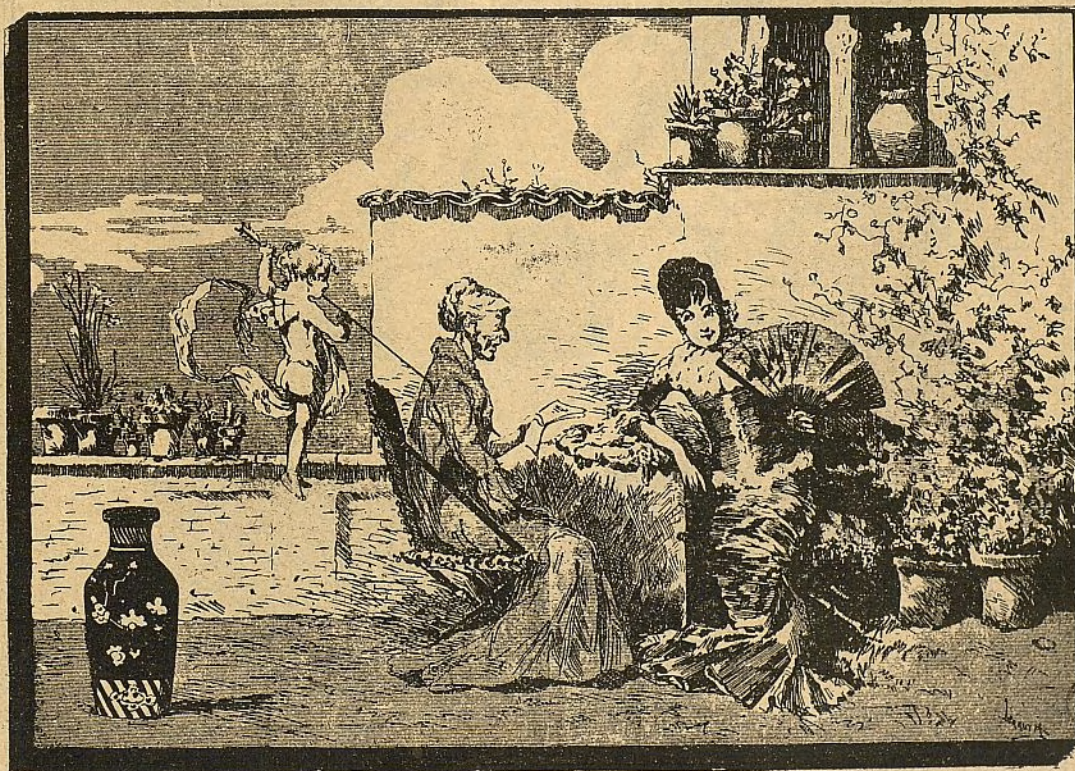
la dejo a usted con su *Rasca*.

Conque adiós, hermosa mía.

—¡Vaya usted con Dios, jindama!

J. LÓPEZ SILVA.

CAPRICHOS, POR URRUTIA.



UNA EQUIVOCACIÓN.

GALERÍA ARTÍSTICA, por RENAU



¿QUÉ PINTARÉ?

Ayuntamiento de Madrid



¡MIRA TU RETRATO!

A OTRA PUERTA

(ADVERTENCIAS DE UN ESCRITOR VIEJO.)

Sí, señores: viejo y casi, casi, mandado recoger; pero, por eso mismo, experimentado y algo conocedor de las asperezas del camino; de esas asperezas por las cuales

« . . . se camina
de la inmortalidad al alto asiento,
dó nunca llega quien de allí declina»

y á donde suelen no llegar tampoco muchos que no declinan, ni conjugan, ni nada... porque eso de llegar á la inmortalidad no es para todos.

Pues, como digo de mi cuento, á la manera que algunos afirman que el diablo (*á quo libera nos, Domine, AMEN.*) sabe más por viejo que por diablo,—porque el diablo ha venido muy á menos, y es ya poco más que un pobre hombre—afirmo yo que deben ser oídos nuestros consejos, porque son el fruto, casi siempre amargo, de larga y muchas veces dolorosa experiencia.

«¿Quién es tu enemigo? El que es de tu oficio,» dice sentenciosamente el vulgo; y acomodándose á ese adagio, ó aforismo, ningún principiante busca protección ni apoyo en los que ejercen la profesión misma á que él ha resuelto dedicarse.

Mañana, por ejemplo, un Fulano de Tal á quien han caído unos cuantos miles de duros á la lotería, ó que ha heredado algunas pesetas de un su tío muerto en lejanos países, determina establecer una tienda de ultramarinos; pues de seguro no comunica esa resolución suya á los del gremio, los cuales seguramente harían cuanto pudieran para hundirle. Busca parroquianos entre los consumidores, ya abaratando la mercancía, ya dándola de mejor calidad.

De esta regla son excepción constante los aprendices de literato, los que aspiran á ser noveladores ó dramaturgos; estos buscan siempre apoyo, amparo y protección en la gente del oficio; justamente, la que más interesada está en no concederles nada de eso. La razón natural, el sentido común están aconsejando á voces hacer todo lo contrario. El autor novel, debe, por su propia conveniencia, buscar directamente al empresario; el novelista inédito, debe solicitar el auxilio del editor; porque el empresario y el editor son los que más ganancia obtendrán cuando la oferta aumente, y los que, por lo tanto, han de tener más empeño en que el número de novelistas y de autores dramáticos sea mayor cada día; entonces, en virtud de una ley económica incontrastable, los escritores conocidos y celebrados no podrán mostrarse exigentes; ni imponerse al capital, representado por empresarios y editores. Es claro que unos y otros, los editores y los empresarios, mirarán con alguna desconfianza al autor primerizo, y no se entregarán á él de buenas á primeras; pero siempre se hallarán más predispuestos en favor de los autores nuevos, que pueden estarlo escritores viejos, los cuales adivinan la temible competencia que los combatientes llegados de refresco les anuncian para mañana.

Este conocimiento práctico, de una verdad de suyo sencillísima y clara, se advierte en casi todas las clases sociales; en las mismas que más íntimamente se relacionan con la literatura. El empresario de teatros, por nuevo que sea en el negocio, pide obras á los autores celebrados; hace proposiciones á los artistas aplaudidos; solicita el apoyo de los abonados; acude, en fin, á todas partes; solamente no llama—y hace muy bien en no llamar—á la puerta de los demás empresarios, de quienes sabe sobradamente que han de ser desde luego sus enemigos naturales. El editor nuevo se procura el apoyo de algunos periódicos de gran circulación y de reconocida popularidad; pide trabajos á escritores de competencia reconocida y de buena firma; trata de adquirir corresponsales *seguros* en España y muy principalmente en América; pero no cuenta nunca—¡muy tonto sería!—con la ayuda de otros editores, de quienes solamente guerra sin cuartel puede esperar. Únicamente el escritor nuevo, el autor que principia, se mete, ¡oh incauto! en la boca del lobo, y por huir del camino en que ha de encontrarse á editores y á empresarios, camino que le parece demasiado largo—y que lo es, en efecto,—toma otro que es más largo todavía y que además no llega nunca al fin apetecido.

Porque el autor viejo, cuya protección solicita un autor novel, verá en este á una nulidad, ó una medianía, ó una excelencia. Si se encuentra con algo mediano ó malo (que en el arte son una misma cosa), claro es que no ha de tomarse interés alguno en apoyarlo; si tropieza con algo excelente, verá un futuro competidor, un temible antagonista, y lejos de prestarle ayuda, procurará crearle dificultades y entorpecimientos.

Podrá decirse que esta regla tiene excepciones; sí, las tiene, aunque muy contadas: yo sé de algunas; pero ¿quién está seguro de tropezar con la excepción?... Pues el que está seguro de acertar el premio gordo en la lotería.

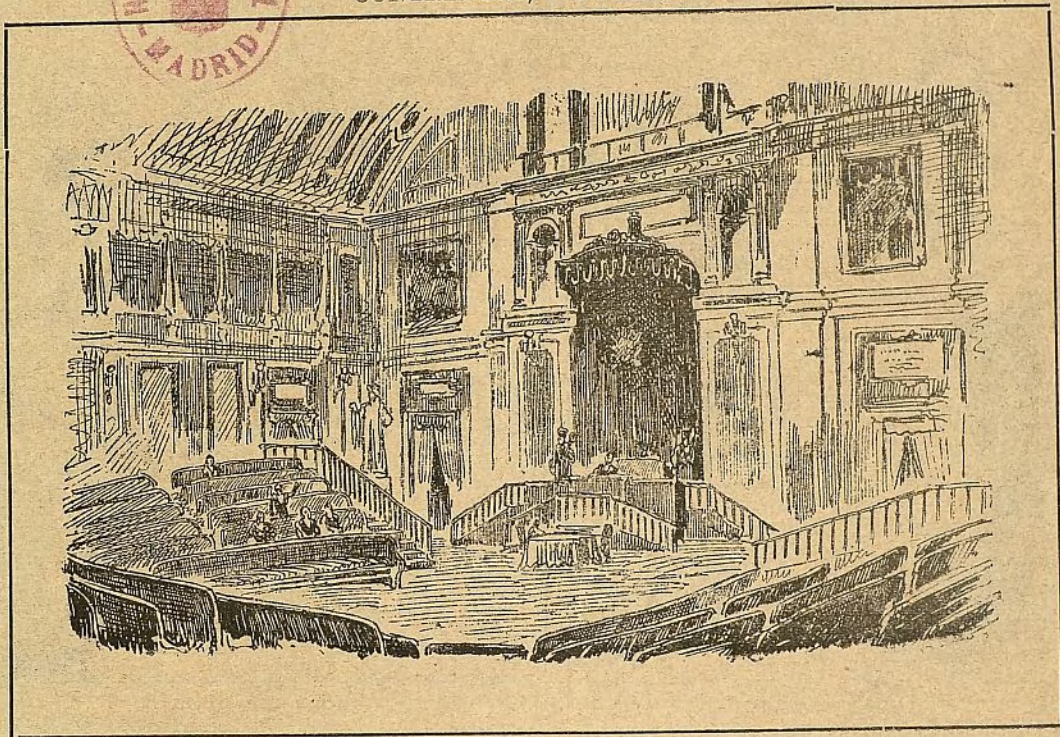
Sí, sí, mil veces sí: los comienzos de la carrera literaria tienen sus tropiezos como los de cualquier otra carrera; pero suele hacerlo más dificultosos, el camino que de ordinario eligen los noveles—¡almas candorosas que no conocen la doblez!

Oigan estos, que muchos son, y no todos sordos, los desinteresados consejos de quien ha sido cocinero ántes que fraile, y sabe lo que pasa en la cocina; y cuando de buscar apoyo se trate... llamen á otra puerta.

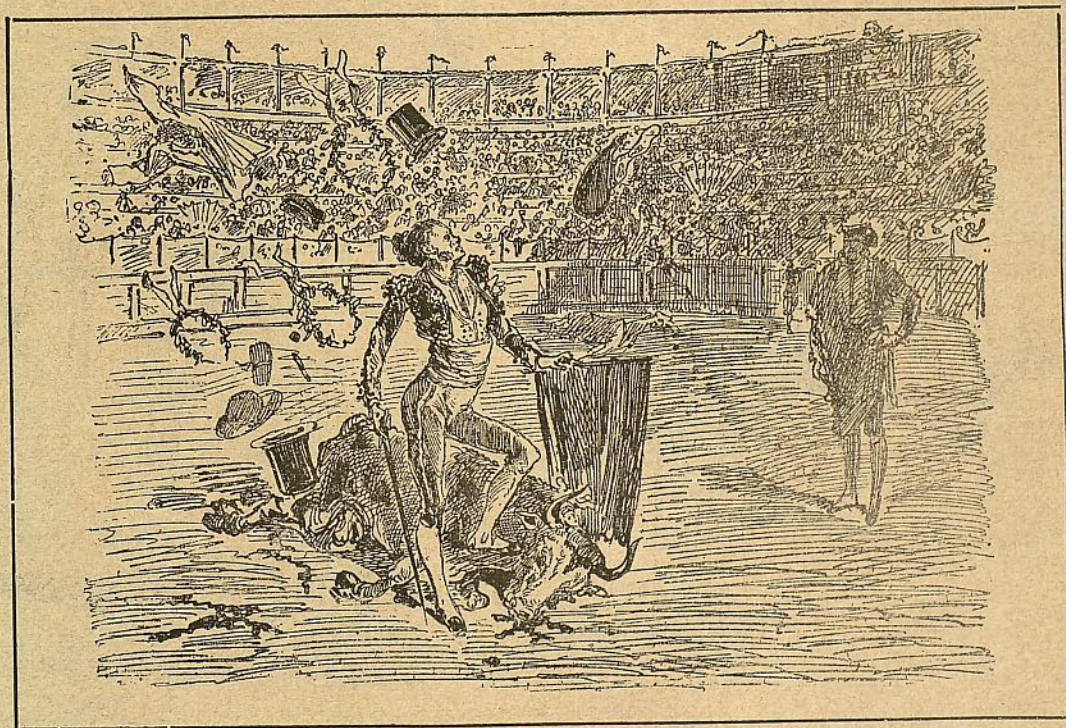
A. SANCHEZ PEREZ.



CONTRASTES, POR PAHISSA.



DISCÚTENSE LOS PRESUPUESTOS.



MATA LAGARTIJO.

EN EL GIMNASIO, POR ESCALER



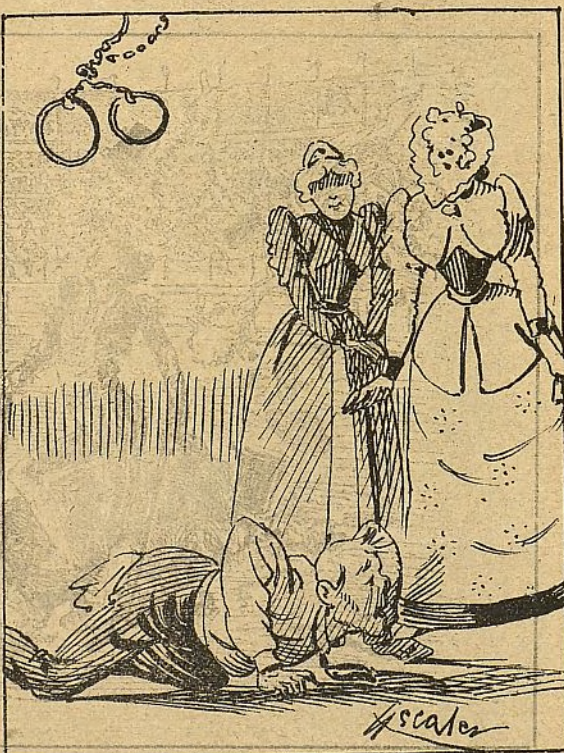
—Voy á tener el gusto de hacer ante ustedes una plancha.



Empieza la plancha



y sigue; pero...



¡¡Plancha!!

EL SECRETO DE LA MODA, POR MELITÓN GONZALEZ.



Que consiste en ponerse durante una estación un sombrero inmenso, y en la otra un sombrerito que en caso necesario pueda servir de liga.

«Z. Z., 25 pesetas.»

(A cuenta de las que le ha timado por diversos conceptos.)

—Es preciso hacer algo por esos hijos que deja en la miseria y en la orfandad, ó en la demi-orfandad, puesto que les queda una madre...

—Joven y guapa.

—Eso es.

—Hay que hacer algo con ella también.

—¡Es claro! No hemos de abandonarla á sí misma.

—El difunto era nuestro amigo.

—Nuestro hermano.

Esto se habla en diversos círculos.

Y acuerdan los amigos y demás entregar lo recaudado «á primera sangre», á la pobre viuda, y lo que en adelante se recaude, depositarlo en el Banco de España ó en el de Londres.

Y dar... no carrera, sino empleo, á los chicos, para que los mantenga el Estado.

Todos quieren ser de la Comisión para entenderse con la viuda, si es guapa y joven, como queda dicho.



Y en aquella casa, donde tal vez hubo dificultades para la manutención, empiezan la abundancia y la alegría, por más que esto parezca infame.

Comen á diario, visten decentemente, viven tranquilos la viuda y los huérfanos, van al teatro algunas veces, han ensanchado el círculo de sus relaciones sociales.

De suerte que resulta la siguiente moraleja ó moralidad al alcance de todos:

Si un día dijeran á la desconsolada viuda y á los chicos:

—«Fulano, tu esposo, vuestro papá, no ha muerto. Ahí viene, tan bueno y tan gordo.»

De seguro exclamarían á coro:

—¡Pues nos hemos afeitado!

EDUARDO DE PALACIO.

LA MULLER Y L' AMICH LLEAL

¡REMORDIMENT!...

I

Lo senyor Compte agoneja, la Comptesa es al capsal; de l' altra part á l' esponsa s' está dret l' amich lleal.

—Vaig sentint, esposa mia, que la mort me vá encalsant.

—Marit meu, ¿qui sab? A l' hora potser Déu s' apiadará.

—Si s' apiada ó no s' apiada prou l' angoja ho diu ben clar.

Ohiu donchs, muller fidela, ma darrera voluntat.

—Digaula, marit, digaula, qu' es segur que 's cumplirá.

—Yo vos prech, muller fidela, pregá 'm plau mes que manar, que 'm serváu á la memoria per tota una eternitat.

—Jo vos jur, marit, servaushi mentre 'l cor pugui alentar.

—Jo vos prech, muller fidela, que altre marit no prengáu.

—Per saber que no haig de pèndrel, pensá en vos m' ha de bastar.

—Aixís puch, muller aymada, aixís puch morir en pau.

| Manca sols que l' amich senti

ma darrera voluntat.

—Digaula, Compte, digaula, qu' es segur que 's cumplirá.

—Que 'm servau á la memoria tots los jorns que us restarán.

—Jo vos jur, Compte, servaushi mentre 'l cor puga alentar.

—Que á ma muller no li puga mancar may lo vostre bras.

—Jo la vetllaré á tot hora com déu fer un amich lleal.

—Aixís puch, amich de l' ánima, aixís puch en pau finir.

Adéusiau, muller fidela: amich lleal, adéusiau —

Los ulls del marit s' apagan, los del amich semblan flams.

Així, á la muller fidela, parla baix l' amich lleal:

—Cumplume, estimada mia, lo que un jorn me vau jurar.

—Seré vostra tantost fassi lo Compte 'l darrer badall.

De tant com l' abat la febre lo Compte ni 's sent del mal;

de l' mal de la gelcs'ia si que té sentits encar.

¡Ay, muller, la muller falsa,

jo us pogues véurer crémant!

¡Ay, amich, l' amich indigne, malehit de Deu siau!

No bé ha dit aytals paraulas fa 'l Compte 'l darrer badall.

Li han quedat los ulls desclosos com si se 'ls estés mirant.

Obra es de misericordia

cloure 'ls ulls de 'ls qu' han finat.

Mes ¡ay! ¿quin d' ells per cumplirhi pot tení esperit bastant?

¡Si l' amich lleal no gosa, la muller cóm gosará!

—Fugim lluny d' aquesta cambra ó be aquí 'm veureu finir.

—Fugim, estimada mia.

D' aquí á mon castell hi ha un pas.

—Desd l' honra á la deshonra may hi ha hagut camí mes llarch.

Y fugen com si 's volguessen de sa conciencia allunyar

y apar que 'l cadavre 'ls miri ab los ulls esparverats.

II

—¿Quina angoja, dolsa aymia, vos ennigula 'l semblant?

Retorném de mullerarnos

y us veig mes trista que may.

—¡Ay, marit, si aytal paraula
dirvos á vos no es pecat;
aquells ulls que no vam cloure
no 'm deixam may de mirar.
Si us tinch vora meva, encara
me miran mes enujats.

—¡Ay, muller, la muller mía,
igual dol m' está matant!
Perque aqueixos ulls no 'ns mirin
tindrém de viure allunyats,
tindrem de cumplir per forsa
lo que varem perjurar,

qu' es servir d' ell recordansa
per tot' una eternitat.
Vos, amor, vos faréu monja;
jo 'm faré frare descals.

FREDERICH SOLER (PITARRA.)



LEAL

HISTORIA DE UN PERRO DE AGUAS.

(Poema irracional en tres cantos.)

I.

Era Leal un perro, lo sostengo,
de muy buen corazón, sin tacha alguna
y de noble abolengo,
aunque algo malparado en su fortuna.

Su madre, menos fiel, (es *perra* y basta),
tuvo á Leal de ocultas relaciones,
á pesar de sus límpidos blasones
y de llamarse, por mal nombre, *Casta*.

Al padre seductor de estampa bella
y de afilado diente,
que en varias pantorrillas dejó huella,
le llamaba su dueño *Consecuente*,
y tenía en la frente
una estrella preciosa; no te asombres
porque me oigas nombrar la estrella aquella,
pues así como hay *hombres*,
hay en el mundo *perros con estrella*.

De aquel desliz la causa no se esconde:
Royó con Casta un huesarrón de lomo,
la declaró su amor *yo no sé dónde*
y nació mi Leal, *yo no sé cómo*.

Tales amores y descuidos tales,
á fuer de verdaderos,
os probarán, lectores placenteros,
el que pueden nacer hijos *leales*
de padres que no son muy *caballeros*.

La Casta y Consecuente eran vecinos,
de posición entrambos desahogada:
Casta, de una exministra jubilada,
y Consecuente de un señor Urbinos,
ex-aguador y de honradez probada,
dueño de un almacén de ultramarinos.

Y basta ya de rancios parentescos,
y vamos á Leal, que es lo que importa,
pues, si su noble origen no se corta,
dígoles á ustedes que estaremos frescos.

Apenas de tres meses,
vino á parar Leal á uu tal Antonio,
escaso de cacumen é intereses.
Trozó mi Leal con un bolonio;

(Se continuará.)

que dá el mundo unas vueltas del demonio
de la vida en los múltiples reveses.

Era Antonio ebanista y de lo fino,
más nunca trabajar supo á destajo
ni ganarse un jornal, aunque mezquino,
porque odiaba el trabajo
con tanto afán como adoraba el vino.

Queriale Leal *soñremanera*,
cariño que él, cuando empinaba el codo,
pagaba de mal modo,
soliéndole arrimar una pun'era.

El perro, *perro* y todo,
tal se dolía de su suerte fiera,
que á haber sabido hablar, hablado hubiera;
pero á falta de lengua persuasoria
y de humana oratoria,
lanzaba siempre atronador aullido,
cual si oliese un difunto:
un ¡ay! raro conjunto
de palabra, de queja y de ladrido.
¡Y no son de mi pluma torpes yerros,
que así como hay personas diferentes
que ladran al hablar, hay también perros
que al ladrar vierten frases elocuentes!

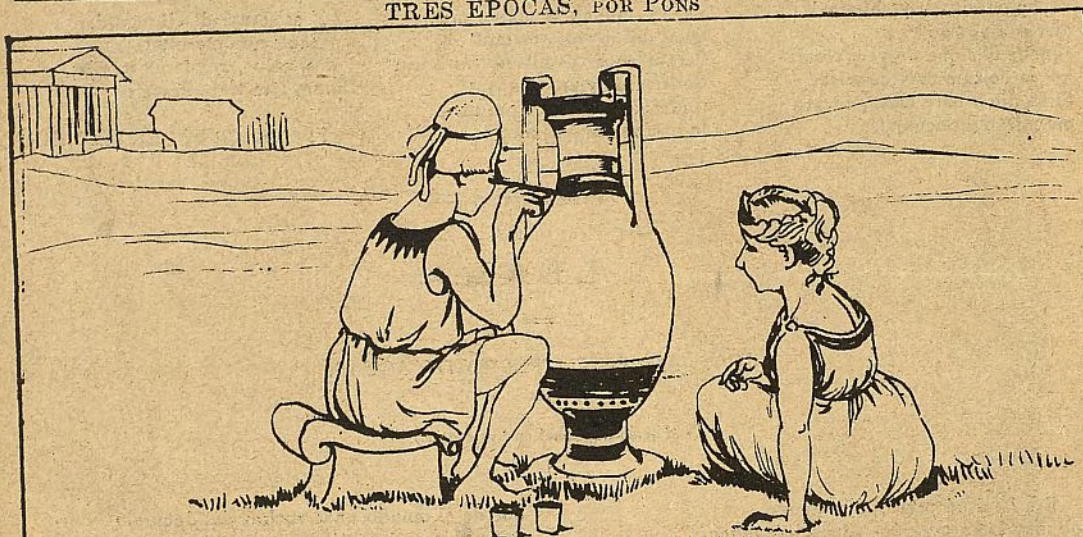
Al sufrir de su dueño el furor triste
y de su rabia las diversas fases,
decía el buen Leal: «¡Esto consiste
en la fuerza expansiva de los gases!»
Y dando por respuesta la callada,
que gran prudencia llamo,
al volver á su casa á la alborada
y recostarse *como un perro* el amo
¡cuántas veces sirvióle de almohada!

Mas, todo tiene fin: llegó una tarde
que Antonio maltratóle con exceso,
y aunque humilde y cobarde,
dejó á medio roer un pobre hueso,
y término buscando á tantas cuitas,
en la calle encontróse de patitas.

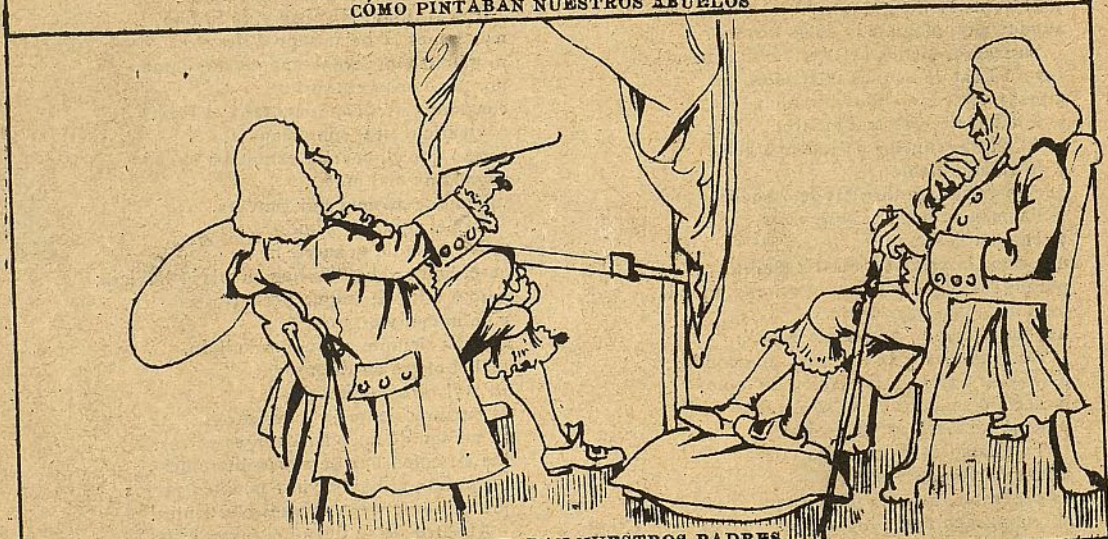
Antonio despreció su fiel compañía;
Leal, apenas conteniendo el llanto,
bajó la cola en su carrera extraña,
lanzó un ladrido... y terminó este canto.

J. JACKSÓN VEYAN.

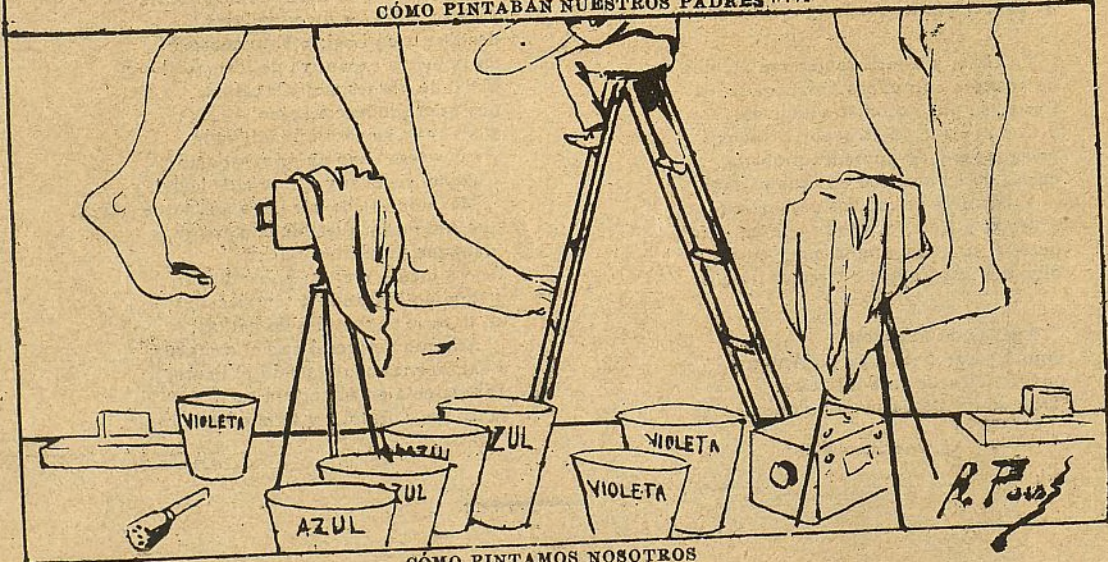
LA SEMANA COMICA
TRES ÉPOCAS, POR PONS



CÓMO PINTABAN NUESTROS ABUELOS



CÓMO PINTABAN NUESTROS PADRES



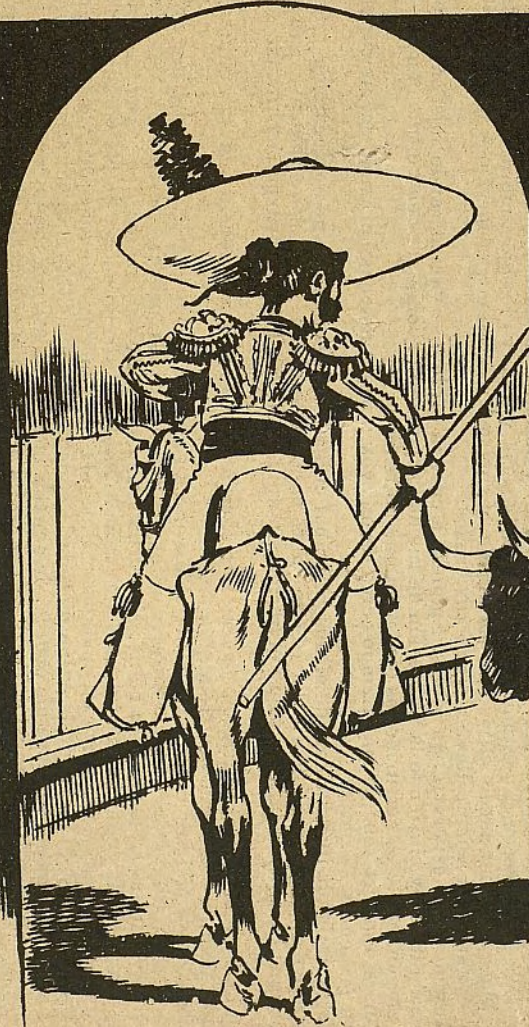
CÓMO PINTAMOS NOSOTROS

METAMÓRFOSIS, POR MECACHIS.

METAMÓRFOSIS, POR MECACHIS.



LARVA



CRISÁLIDA



MARIPOSA

Ayuntamiento de Madrid

¡POBRECITA!

Siéntate aquí, á mi lado, más cerca, de manera que las palabras salgan sin esfuerzo de mis labios y lleguen queditamente á tu alma sin apenas resonar en los oídos: tengo miedo de que te hagan mal.

Espera: ese piano abierto me parece una boca que se rie de nosotros enseñándonos sus dientecillos blancos; ciérralo. Y los bullones de aquellas cortinas plegadas, me parecen cien ojos que nos miran; córrelas.

¡Como se apagan los ruidos en este gabinete! Yo amo el invierno porque es un pretexto para alfombrar y tener cerrados los balcones sin que de noche salga la luz por los cristales, como diciendo: «aquí hay gente.»

Y, además, porque estás á mi lado más tiempo, temeroso del penetrante frío que hasta aquí mismo pasa, luchando con las menudas llamas en la chimenea.

Cuando ese relojito que descansa sobre el mármol del tocador al pié del espejo, hace vibrar el agudo timbre con doce golpecitos apagados, soy toda oídos esperando de un momento á otro apereibir tus pasos en la calle. Y cuando escucho el morder de la llave en la cerradura y oigo como la puerta gira cerrándose detrás de tí, me complazco en mirar por la vidriera el farolillo del sereno que vuelve la esquina, y vacilo entre salir á recibirte en la escalera ó aguardarte en este sitio.

Casi siempre concluyo por sentarme en el divan, acomodándome de modo que la pantalla evite la luz sobre mi rostro; y gusto de ponerme muy seria para que, entrando, al abrir la puerta del gabinete, te halles conmigo de frente y, en viéndome, digas para tus adentros: «¿Qué tendrá?»

Conozco cuando te dices eso; porque llegas á mí y observas mi rostro inclinándote como para hacerme una reverencia: entónces me pongo más seria y te huyo los ojos, mordiéndome los labios, hasta que no puedo sufrir más tu mirada, y suelto á reir mientras me cojes las manos y me levantas del asiento llevándome á tus brazos.

Hoy no podré esperarte: ya lo ves. Empieza á caer la tarde y se van cerrando mis párpados: parece que estoy sintiendo la impresión de tus dedos cuando te complaces en verme incomodada, empeñándote en cerrarme los ojos para que no te mire.

Por esto quiero tenerte más tiempo cerca de mí; voy á pasar muchas horas sin darme cuenta de tu presencia.

Estoy fatigadísima y tienes de ello la principal culpa. Con decirte que no he puesto en orden mi traje de ayer, comprenderás hasta que punto cansóme la fiesta. Mira el vestido arrugándose encima de aquella butaca, sobre el abrigo sin doblar: No vuelvas á llevarme á bailes de etiqueta.

Quiero mejor hablar contigo, preparándote el café sobre el velador enfrente de la lumbre: y es que siempre tengo que decirte algo nuevo.

Mira: entre mis juguetes tengo un kaleidóscopo; tu me has dicho que se llama así ese tubo metálico con un cristalito para mirar por dentro, multiplicados prismas de colores, que dan vueltas y vueltas á placer de la mano, sin formar una misma combinación dos veces. Así son mis ideas: míralas por el cristal de mis ojos cuando hablo, y, siendo pocas, no las verás repetidas en las vueltas que dan con mis palabras. Una sola imagen verás siempre; es verdad; pero ella es la tuya, y yo no tengo la culpa de tenerla constantemente delante de mi alma.

Te hablaré cuantas veces se me ocurra, de aquella mesa cubierta con tapete verde y hule ribeteado con trencilla; de aquel quinqué con pantalla deslustrada que ardía con poca luz y sobra de quemada mecha; de las butacas de gutapercha descascarillada, próximas al sofá acomodado con almohadones cubiertos con fundas de algodón tejidas á la mano: te hablaré de la sillita baja en que se acurrucaba mi anciana abuela para remover las áscuas del brasero á cada instante; y, finalmente, traeré á la memoria la venerable figura de mi padre, descubierta su arrogante cabeza encanecida, ajustada la ropa que fué uniforme militar y era recuerdo de sus buenos tiempos, inclinado sobre la mesa, atenta su mano izquierda al cigarro y su derecha distraída en la cajilla de fósforos, ó volviendo las hojas del libro que leía.

Nosotros hablábamos en voz alta unas veces, otras muy bajito, según nuestras palabras eran ó no para nosotros sólo.

Te hablaré de que entonces no estaba tan contenta de tí como lo estoy ahora. Entonces, cuando me decías muchas cosas, las oía yo viviendo de quien vivía muy cerquita de mí y llamaba á las puertas de mi sér, mas no dentro: hoy las escucho subiendo del corazón á la cabeza y sintiéndolas articularse en tus labios para volverse á mí de donde salen. Es de manera que ya has entrado en mí y tomado yo posesión tuya, por donde tus ideas y mis palabras son mías, gustándome más por ser cosa de mi propia vida.

Entonces sentía algo como si me oprimiesen fuertemente por los hombros, apretándome el pecho cada vez que me decías con los ojos lo que hoy dicen tus labios; ahora se me dilata el seno cuando pongo mi cabeza al lado de la tuya, y, entornando mis párpados, como en este momento, vencidos por no sé qué fatiga, te oigo decir con miedo de escucharlo... ¡Pobrecita!

Méjico.

I. LOPEZ LAPUYA.

AÑORANZA

Ardía la lumbre
con vívida llama,
y allá en los rincones, borrando las cosas
tinieblas quedaban.
Muy cerca del fuego,
con voz apagada,
posando en mi pecho la rubia cabeza,
mi niña cantaba.
Crujían al viento
las viejas ventanas...
¡Qué hogar tan alegre, qué noches tan crudas,
qué dulces veladas!..

Los dos elegimos
la Peña más alta:
arriba los cielos, abajo las olas,
muy lejos la playa.
Le dije al oído
no sé qué palabras:
clavó en mí sus ojos, y dijo con ellos
secretos del alma...

He estado en la roca
y he estado en la casa.
La Peña aún existe, la lumbre aún ardía...
¡Pero ella no estaba!

RAMÓN TRILLES.

LA VIUDA DE PEREZ.

—Señora...
—Muy buenas tardes.
¿Qué tal? ¿Cómo están ustedes?
—Muy bien. ¿Y usted?
—Yo muy mal.
—¡Caramba! ¿Qué luto es ese?
—¡Pues una desgracia horrible!
—¿Cuáles?
—¡Que he perdido á Pepe!
—No se apure usted, señora.
Ya parecerá si quiere.
—No es eso: ¡si es que se ha muerto!
—¿Qué se ha muerto?
—¡El otro jueves!
—¡Vaya por Dios!
—¡Pobrecito!
¡Pobre Perez! ¡Pobre Perez!
¡Permítame usted que lllore!...
—¡Si! ¡si! Llore usted y siéntese.
—¡Era un esposo modelo!
—¡Era un hombre muy decente!
—¿Le conocía usted?

—¡Mucho!
Es decir, yo... fijamente...
no recuerdo... pero creo
que le he visto algunas veces.
—Siempre venía conmigo
á ver estos Almacenes.
Y aquí mismo me compró
hace cosa de dos meses
una visita de raso
y un vestido azul celeste.
que según me han dicho todos
me estaba admirablemente;
pero, ya ve usted: ahora
con el luto no se puede...
¡Qué lástima de vestido!...
¡Está nuevo!...
—Se comprende.
—¡Pobre Perez! Era el hombre
más amable y complaciente...
¿No le recuerda usted? Era
muy bajito, regordete,
algo cargado de espaldas,

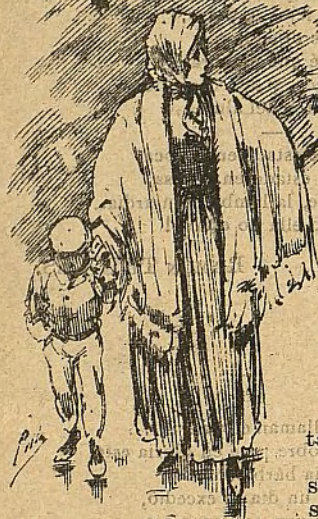
y hablaba así, con la *ese*.
Era andaluz, de Sevilla;
en la calle de la Sierpe
tuvo un Bazar muy notable,
aunque no tanto como este,
y en él en ocho ó diez años,
le ayudó tanto la suerte,
que hizo un fortunón tremendo:
un millón próximamente...
¡Permítame usted que lllore!...
—Llore usted, pero consuélase.
Los duelos con pan son menos.
—¡Hijo, en el caso presente
el refrán no habla conmigo,
porque ¡me he quedado *asperges*!
Pepe murió *abintestado*,
y eso que yo muchas veces
le decía: «Esposo mío,
es necesario que pienses
en que aquí somos mortales
los hombres y las mujeres»...
Pero, nada, no hizo caso...
Luego, desgraciadamente,
no hay ganancias, ni nada.
¡Todo! ¡Todo era de Pérez!
Un chiquillo que tuvimos
se nos murió en el destete,
y todo lo que hay en casa
se lo llevan los parientes...
¡Bien se lo dije á mi madre!
«Yo me casaré, si quieres...
A mí no me gusta mucho
el partido que me ofreces...
Yo soy pobre y él es rico,
es verdad, pero conviene,
mamá, que Pepe me dote,
mamá, que me dote Pepe.»
¡Nada! No me hicieron caso.
¡Es natural que me queje!
—Tiene usted razón, señora.
¡Triste es lo que le sucedel
¿Y de qué se ha muerto ese hombre?
—¿De qué? ¡Casi de repente!
De ese cólico tan triste

que llaman el *miserere*...
El pobre ¡que en gloria esté!
comía bárbaramente,
pero un día se excedió,
y sin que yo lo supiese,
se tragó de una asentada
medio barril de escabeche,
y ¡es claro! á las pocas horas
reventó como un cohete...
¡Permítame usted que lllore!
—Llore usted, mas no tan fuerte;
la gente nos mira, y ya
sabe usted lo que es la gente...
—Dice usted muy bien; hablemos
de otras cosas más alegres.
¿Qué vestidos tiene usted?
—Hay mil clases diferentes.
—Yo lo quiero muy barato,
porque ya no paga Pérez.
—Este liso de merino
de seguro le conviene.
—¿Cuesta mucho?
—¡Quíá! ¡Muy poco!
Ocho duros solamente.
—¿A ver? ¡Si! No me disgusta.
Le ruego que me lo lleven
á casa. Aquí están las señas:
Escudillers, veintisiete.
—Está muy bien.

—Buenas tardes.
—¿Si quiere usted que le enseñe
las capotas de crespón?...
—Gracias; uso solamente
el manto. Según me han dicho
algunos, me favorece.
Con que, abúr, y hasta otro día;
volveré por aquí el viernes.
—Adios, y que usted se case.
—¿Cómo?
—¡Que usted se consuele!
—¡Ojalá! Como yo dé
con alguno que me pete,
le juro á usted que no llevo
el luto ni cuatro meses.

VITAL AZA.

MARTIRIO SORDO



—¡No me has visto de día!—exclamaba D. Juan Nicasio Gallego cuando alguna de estas palomas nocturnas le saludaba con aquellas dos palabras...

Así pensaba yo en decírselo á la importuna y molesta prójima que ya por dos veces me lo había dicho.

—¡Adios, hermoso!

Y aún añadía á veces:

—¡Oye, rubio!

—¡Rubio yo? ¿Hermoso? ¿Atacado en la calle por personas tales? Ganas me daban de llamar á un guardia...

Para la segunda vez me contuvo la presencia de un niño que la tal llevaba de la mano, y la historia que me contó uno de la tal.

—¡Niño alquilado! me dirán. No: no era alquilado. Era suyo; muy suyo. El padre... sabe Dios donde estará; pero la madre, ella, ha sido madre amantísima desde que le tuvo. ¿Que ha de echar ella ni-

ños á la calle? Seguid, seguid leyendo, libertinos y viciosos, y vereis lo que es bueno.

—¡Adios hermoso! va diciendo al paso en voz baja. Y lo dice tan mal, que se adivina que lo dice por fuerza. Y cuando un *hermoso* se deja convencer, la insolente deja al niño en una tienda que hay en la esquina, diciendo á un mozo en mangas de camisa, con los brazos al aire y la cabeza lo mismo.

—Haz el favor de entretener un momento al *chorrelito*. ¡También esta palabra la dice muy mal!

El *chorrelito* (¡qué horror!) dice con esa inocencia que pronto perderá:

—Que no tardes, ¿eh?

—Yo conozco á esa, dijo en cierta ocasión uno que pasaba...

¡Vaya si la conocía!

La siguió, la siguió, la siguió durante tres cuartos de hora y me contó *los hechos*.

Daban las doce y media. La tal subió á una casa de la calle de las Huertas... y el hombre detrás.

¿Qué pasaba allí dentro? ¡*Le moyen de le dire!*—exclamáramos en París.—Alrededor de una mesa, media docena de harpías guapas, cantan ó juran como los carreteros y hacen alardes de desvergüenza.

La una dice:

Porque te quiero lo digo,
que te registren el novio
porque no está de recibo

La otra:

La otra noche en Sevilla
lo que ha pasao...

Las hay que fuman, las hay que escupen, las hay que se arreglan el moño con la peina, las hay que insultan á los amigos con las palabras más soeces, y á ellos les gusta. La tertulia la componen un señorito, un militar, un cómico sin contrata, dos toreros. Se bebe manzanilla de la más *brava*.

Aquella del niño pasa de largo y de prisa. Las demás se rien. Dicen que es una duquesa *retirada*.

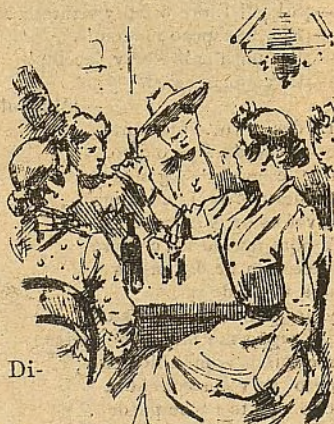
A la una menos cuarto se va de allí y del barrio.

Porque vive muy lejos.—A esta la conozco yo... va diciendo el curioso.

Y sigue, sigue, sigue...

Así que la tal recoge el *chorrel*, echa á andar muy deprisa, y atraviesa la Carrera de San Jerónimo y la Puerta del Sol y la calle de la Montera, y toda la de Fuencarral, y llega á Chamberí... y allí ya, se quita el pañuelo chulesco, y se arregla el mantón; y ya no mueve las caderas como antes, sino que anda como las personas honradas. El niño, que ya está cansado, pasa de la mano á los brazos y le lleva sobre sí, y le besa, y como es de noche, no se ve, pero se adivina que la tal llora.

Y llega al fin del paseo de la Habana; y allá, en una casita pobre, pero de limpio aspecto, á través de cuyas ventanas se ve luz, la esperan sin duda, porque antes de que llame se abre la puerta y aparece en ella una criada.



Ya la tal se ha quitado el mantón y se lo ha puesto en el brazo, después de depositar al nene en el suelo, y ha sacado un velo del bolsillo y se lo ha puesto en la cabeza antes de llegar á su casa.

—Buenas noches, señorita.

—Buenas noches.

Entran. Del niño se encarga la criada. Ella pasa á un dormitorio, donde duermen en tres camas otros tantos niños, cuya tranquila respiración anuncia hermoso sueño. A este le tapa con el cobertor desviado; al otro le coloca de lado, al de más allá le besa en la frente... Pasa después á un saloncito pobre, pero limpio; en la pared hay una fotografía grande de aquel hombre que se marchó á América... ¡y no volvió á saberse de él! En el fondo está la alcoba. La tal enciende una lamparilla, saca del bolsillo unas cuantas monedas, que cuenta y recuenta rechinando los dientes. Llama.

—Señorita...

—Tome V. Esto para la compra de mañana. Esto para la ropa de los niños; esto por lo que le debo á V. Buenas noches.

Se desnuda. Oyese un Padre nuestro y una Ave-María, dichos en voz muy baja, muy baja... Cae aquel hermoso cuerpo en la cama de hierro que recruje con el peso. Allá dentro, la criada va diciendo palabras que el niño repite:

—Para que mamá tenga salud...

—Para que mamá tenga salud...

—Para que papá vuelva de América.

—Para que papá vuelva de América.

Y se suceden los Padre-Nuestros.

—Con Dios me acuesto...

—Con Dios me acuesto...

—Con Dios me levanto...

—Con Dios me levanto...

—Con la Virgen Santísima...

Y el Espíritu Santo...

Y en la solitaria alcoba, á la luz de la lamparilla que chisporrotea, la tal se revuelve nerviosa en la cama, comienza á dormirse... sueña... la pesadilla la despierta, vuelve á retorcerse, vuélvese á dormir, sueña de nuevo...

—¡Carta... el cartero... esos niños... miserable!... ¡Oh, Dios mío!...

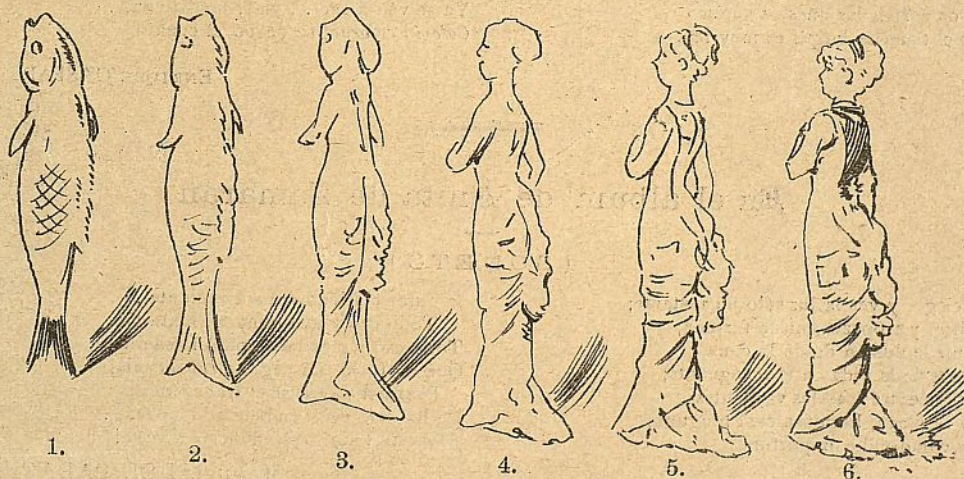
Y de vez en cuando, rechinando los dientes:

—¡Adiós, hermoso!



EUSEBIO BLASCO.

TRANSFORMACIÓN, POR VELA.



EL REBAÑO Y LOS PASTORES

— CUENTO —

Pues señor, era un hombre que tenía
 Muchas cabras, ovejas y borregos,
 Siendo tanto su número, que al pobre
 Faltáronle los pastos ó alimentos.
 Pensó en que trahumara su rebaño
 Con el fin de explotar nuevos terrenos,
 Pero al mirarse anciano y achacoso
 Inútil se juzgó para el objeto.
 Peliagudo en verdad era á un extraño
 Darle de los lanudos el gobierno;
 Mas rascándose un día el occipucio
 Miró la luna y concibió un proyecto.
 Tenía en su majada, entre otros muchos,
 Ocho mozos de fibra y pelo en pecho,
 Que en lugar de cabeza, unos llevaban
 A modo de Gruyer piezas de queso.
 —Vosotros, dijo al fin, puesto que todos
 Teneis voluminosos los cerebros,
 Con el fin de explotar ignotos pastos
 De guía servireis á los borregos.
 Tú, que has sido soldado de marina,
 Te encargarás, Antón, del ministerio
 De que beban, se bañen y se lamen
 Y todo lo que al agua vaya anexo.
 Tú los gobernarás en sus rediles,
 Perico cuidará de su fomento,
 Julián del buen estado de sus lanas,
 Que el ornato exterior le recomiendo.
 Bautista quedará sólo al cuidado
 De separar los blancos de los negros
 Y de dar de tabaco y chocolate
 La ración á sus siete compañeros.
 Lucas, que resta bien, aunque mal suma,
 La bolsa llevará con el dinero.
 Tú que has estado, Dimas, en la guerra,
 Te llevarás el sable, que está dentro,
 Y quedas obligado á ser valiente.
 Valentín, que es sesudo y circunspecto
 Y administra con gracia la justicia,
 De juez os servirá si hay algún pleito.
 Ya no os molesto más, podeis marcharos;
 Os prohibo matar ningún borrego
 Y que os corteis las uñas os suplico
 Porque el tenerlas largas es muy feo. —

Como el cañón vomita la metralla
 Salieron escapados los mancebos
 Detrás de aquel enjambre multiforme
 De tanto pacientísimo cordero.
 Reinó la compostura algunos días;
 Pero entró poco á poco el desaliento,
 Y al fin, sacando el vicio las narices,
 Hubo bromas y bailes, vino y juego.
 No observaba ninguno sus deberes,
 Gastóse en francachelas el dinero
 Y hoy vendiendo una res, mañana cuatro,
 Con la sangre de aquel rebaño inmenso
 Sus vicios fomentaban sin mesura;
 Pero lo más gracioso de este cuento,
 Es que al par que sus fondos se perdían
 Las cabezas también iban perdiendo.
 Si hoy como el de un melón era el volumen
 Mañana las tenían como un huevo,
 Como un dátil al otro; hasta que un día
 Sin cabeza los ocho amanecieron.
 Aquí te quiero ver, cañón rayado,
 (Porque escopeta haría corto el verso).
 Entonces empezaron los apuros,
 El desórden atroz y el desconcierto.
 Los unos se oponían á los otros,
 Trocaban su misión, gritos horrendos
 Lanzaban que en el aire se perdían,
 Y empuñando á su vez los instrumentos,
 Descargaban sus golpes sobre el lomo
 De aquellos animales indefensos.
 Estos pobres saltaban por los llanos,
 Pero los gobernantes iban ciegos
 Y, sin piedad alguna, los llevaban
 Por ásperas montañas sin senderos.
 Sus balidos, sus quejas son inútiles;
 Un abismo á sus piés miran abierto
 Y aunque: ¡á estrellarme voy! todos exclaman,
 Un *arre* les contesta á palo seco.
 Ya se miran al borde, ya insegura
 Su planta pugna por hallar asiento,
 Ya con ellos la tierra se desgaja,
 Ya, el que los tiene, se tritura un cuerno,
 Ya se van á caer... ya... tambalean...
Colorín colorao, se acabó el cuento.

ENRIQUE GASPAS.

En el álbum de Anita de Zumarán

(SONETO)

Ser ciego, y ver la luz sólo un instante;
 ser pobre, y tropezar con la fortuna;
 perseguir la ilusión desde la cuna,
 y hallarla de la vida en el menguante;
 Sentirse entre las olas vacilantes
 junto á la playa, hermosa cual ninguna;
 reflejar como nube inoportuna

la dulce claridad del sol radiante...
 Todo eso y más soñó mi fantasía;
 Todo eso y más me deparó la suerte,
 Que no fuera tan negra á no ser mía,
 Pues debo resistir el trance fuerte
 De haberte visto embelesado un día...
 ¡Haberte visto... y renunciar á verte!

MANUEL DEL PALACIO.



Desde e
 MICA, sin
 tablement
 la literari
 las 16, qu
 y como R
 manalmen
 mina de c
 Con estas
 regalo á m
 del año un
 to (muy bo
 De este
 MICA, com
 GINAS, ve
 bujadas p
 renombre,
 tística de
 No obsta
 y la suma
 LA SEMAN
 adelante, a
 QUINCE
 PAÑA.

Que es co
 Y no qui
 y han de ju
 Hasta el

¡Ah! me
 mas é inno
 dra número
 De modo
 ¡Mandar!

Desde el
 tros.
 ¿Qué qui
 ando loco
 ocuparme e
 Pero, así
 de dos obra
 por su impo
 Una es U
 incipiente.

Hablemo
 —Si me s
 ves Sanchez
 ¿Silbar d
 con esta ob
 su Primer
 dad de la te



CHIRIGOTAS



Hace dos semanas hablé á ustedes de reformas y mejoras que pensaba introducir en el periódico. Hoy, llegada la ocasión, quiero explicar á ustedes en qué consisten estas mejoras y estas reformas.

Desde el número próximo, LA SEMANA CÓMICA, sin disminuir de tamaño, y mejorada notablemente, tanto en la parte artística como en la literaria, constará DE 20 PÁGINAS, en vez de las 16, que actualmente tiene. Y á más de esto y como REGALO á sus lectores, repartirá semanalmente con el número una magnífica lámina de carácter artístico, dibujada á lapiz. Con estas láminas (que—repito—ofrezco como regalo á mis lectores) podrá formarse al cabo del año un *Album*, bueno (¡muy bueno!) bonito (¡muy bonito!) y... lo otro.

De este modo, vendrá á ser LA SEMANA CÓMICA, como si dijéramos, un periódico de 24 PÁGINAS, veinte de las cuales irán escritas y dibujadas por los literatos y dibujantes de más renombre, y cuatro destinadas á la lámina artística de que queda hecha mención.

No obstante los sacrificios que esto supone y la suma de trabajo que la mejora representa, LA SEMANA CÓMICA se expenderá, de hoy en adelante, al precio de

QUINCE CÉNTIMOS EL EJEMPLAR EN TODA ESPAÑA.

Que es como darla regalada.

Y no quiero decir más. Ustedes han de ver y han de juzgar.

Hasta el número próximo.

¡Ah! me olvidaba. Para dar lugar á las reformas é innovaciones, *la semana que viene no saldrá número*.

De modo que... hasta el día 17.

¡Mandar!

✱

Desde el número próximo hablaremos de teatros.

¿Qué quieren Vds? Con eso de las reformas ando loco y preocupado y sin alientos para ocuparme en nada.

Pero, así y todo, no quiero dejar de hablar de dos obras, estrenadas esta semana, y que por su importancia, merecen especial mención.

Una es *Un hombre serio*; la otra *Un crítico incipiente*.

Hablemos de *Un hombre serio*.

—Sí me silban esta noche... me decía el juez Sanchez Perez.

¿Silbar dijo V., D. Antonio? Ha sucedido con esta obra lo que sucedió el año pasado con su *Primer choque*: ha sido el primer éxito ver-
dad de la temporada. De modo que queda de-

mostrado.... lo que ya debía Vd. saber: que cuando un autor que se llama Sanchez Perez se presenta ante un público justiciero y de buen gusto como el de Barcelona, el autor no tiene derecho al miedo.

El lenguaje de *Un hombre serio* es hermoso y castizo; el diálogo movido y natural; el estilo... como de D. Antonio; la comedia en conjunto, resulta agradabilísima y buena; lo que se llama *buena*.

¿Defectos? Claro que los tiene; pero ni amenguan la hermosura del conjunto. ni atenuan el éxito.

Mi felicitación, D. Antonio.

En cuanto á la interpretación... estaba por decir, como los gacetilleros cursis: «se distinguieron todos los actores.» Lo cual es una atrocidad, pero casi, casisería cierto en la ocasión presente.

Y vamos á *Un crítico incipiente*.

Echegaray ha querido por lo visto contestar á la crítica que tanto le ha atormentado, ha querido devolver alfilerazo por alfilerazo y advertir de paso en la moraleja que «aunque no sea más que por lo que sufre, todo autor merece ser aplaudido.» De modo que la obra es ni más ni menos que una crítica, ó mejor, una sátira literaria como *El café* de Moratín, al que es muy inferior como sátira y como comedia. Como sátira, porque es luchar con molinos de viento, zaherir á aquel realista imposible y á aquel grotesco idealista, frías personificaciones de ideas extremadas; y como comedia, porque el protagonista (y cito el primer defecto que me viene á la memoria) es una veleta á quien el elogio más vulgar hace cambiar de dirección, sin cuidarse gran cosa de dulcificar sus cambios y eso es un poco fuerte tratándose de un hombre de talento.

Por lo demás, del lenguaje, del diálogo, de la habilidad externa de mover los personajes, ¿qué vamos á decir? Nada. Que se trata de Echegaray, del maestro, ante el cual hay que descubrirse con respeto, quitándose el sombrero.

Y... ahora que hablo del Eldorado.

No quiero dejar pasar la ocasión sin tributar un aplauso á María Guerrero.

Es una artista excelente que dice muy bien, siente como nadie, y vale y seguirá valiendo más cada día. María Guerrero llegará á ser una gran actriz; lo que se llama una actriz eminente.

Y á Calvo, al simpático y excelente Ricardo Calvo una censura.

¿Por qué sale usted solo á escena al final de los dramas, Don Ricardo? Ya sé que lo hace usted á instancias del público, que grita: «¡Solo! ¡Solo!» que se las pela.

Pero ni el público debía tener esa pretensión, que es una desatención para los demás actores y, sobre todo, para las actrices, ni usted, aun cuando el pueblo soberano lo pidiera, debía acceder á ello.

¿No le parece á Vd., Don Ricardo?

Imp. de Calzada é Hijo, Arco del Teatro, 9.—Barcelona.

